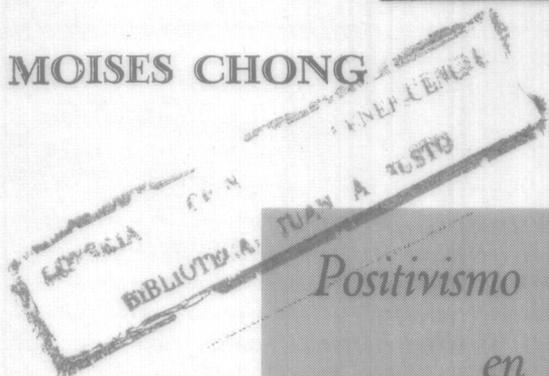


Revista
LOTERIA

No. 197

ABRIL DE 1972

MOISES CHONG



*Positivismo y antipositivismo
en América Latina*

Importa, por lo pronto, señalar algunos rasgos que tipifican el positivismo en el Nuevo Mundo colonizado por España y Portugal. No pretendemos definir dentro de ninguna posición dogmática el contenido conceptual del Positivismo, toda vez que tal tarea no cabe dentro de nuestros propósitos. El Positivismo ha sido entendido, en su forma más general, como una modalidad, una tendencia, de la filosofía naturalista, que intenta interpretar la realidad y el hombre a partir, no de premisas apriorísticas, sino de los llamados hechos “concretos”, “reales”, como, por ejemplo, las sensaciones, toda la gama de la experiencia humana y, desde allí, sacar conclusiones cuya validez no va a descansar, como es de suponerse, en las comprobaciones, la verificación más rigurosa, en su aplicación práctica y utilitaria. Independientemente de lo que podamos entender por cosas “concretas” o cosas “reales”, etc., es el hecho que el Positivismo aspira a constituirse en una explicación científica sobre el mundo y, dentro de éste, sobre el hombre mismo.

Dentro de nuestra circunstancia nacional, ha sido Ricaurte Soler quien en una forma seria y consecuente, ha abordado el tema del Positivismo americano y, en particular del positivismo argentino, “en tanto que capítulo empírico de la Sociología del Conocimiento”, señalando, entre otras cosas, de qué modo la literatura filosófica de Europa se ha interesado por la modalidad hispanoamericana del positivismo y apuntando los nexos efectivos entre el positivismo penal italiano y la criminología argentina, etc. En el mundo hispanohablante, el Positivismo representa una primera formulación

realmente filosófica. Ninguna tendencia reflexiva, teórica o puramente intelectual, llegó a despertar tan enorme interés y suscitado tanta resonancia. La realidad del mundo hispanoamericano ha sido uno de los factores que más ha contribuido al asentamiento, discusión, apropiación, si se permite el término, del Positivismo. Todo lo cual nos indica que el Positivismo venía a coincidir en sus líneas generales con las urgencias sociales, políticas y económicas de pueblos que buscaban una orientación y una justificación dentro del marco de la post independencia. En el mundo americano de habla hispana, las condiciones y el contexto social se acomodan en forma ideal al mensaje de Comte. O, bien, las premisas ideológicas de Comte, Mill, Spencer, etc. encuentran eco en la América Latina como resultado de nuestras circunstancias reales en las cuales latía en forma difusa e intuitiva lo que antes o después habrían explicado en forma teórica los representantes europeos del Positivismo. Pero, por otro lado, se podría demostrar un paralelismo sincrónico entre América y Europa en relación con los principios positivistas o, bien, una falta de este sincronismo que requería luego una "superación". Más todavía, proyecciones del Positivismo en algunas formas particulares del pensamiento europeo. En todo caso, como lo anota Francisco Romero, el Positivismo llegó a rebasar el ambiente puramente académico para asentarse en niveles correspondientes a los grupos mayoritarios, pues, en cierto modo, viene a responder a exigencias materiales y espirituales de una realidad social que demanda, a su vez, soluciones precisas, objetivas y más próximas a sus intereses concretos.

Empero, si bien el Positivismo ha sido refutado en forma teórica por conspicuos pensadores como Vasconcelos, Vaz Ferreira, Korn, etc., cabe recordar el papel civilizador, altamente efectivo, que le tocó llevar a cabo en el ambiente de América Latina, luchando no sólo contra carcomidas y negativas tradiciones sociales y políticas, sino ejerciendo el papel de maestro orientador dentro del campo especulativo y científico, creando interés por el mundo de las cosas, por planteamientos filosóficos de alto vuelo, proponiendo soluciones, consolidando posiciones ya conquistadas, incrementando la investigación más rigurosa, reaccionando contra la escolástica enquistada en los ambientes académicos de las universidades, imprimiendo un rumbo optimista a la organización de los pueblos de América Latina.

¿Cómo se explica, dentro del contexto de la historia de las ideas, la refutación teórica del Positivismo? En gran medida, el Positivismo contribuyó a este movimiento contra sus propias premisas. La jerarquía dogmática, "religiosa", de esta doctrina la hizo insoportable a los espíritus mejor cultivados. Nos explicamos: acentuando el princi-

pio del naturalismo biológico, del mecanismo y del progreso indefinido en el desarrollo de los pueblos, el positivismo de A. Comte resultaba estéril en sus consecuencias "previsibles". La idea, también, de una religión, de una Iglesia Universal en donde se armonizaran las clases sociales mediante el cultivo de la subordinación a una metafísica aparentemente materialista, despertaba la sospecha de que el Positivismo, hostil al ateísmo de su tiempo, trabajaba para restringir los alcances dilatados del conocimiento científico, circunscribiendo la ciencia a simples descripciones u ordenación de vivencias subjetivas, todo lo cual llevaba de manera inevitable a una posición agnóstica. Ahora bien, el agnosticismo, en tanto como doctrina, remata en una negación del conocimiento humano en sus relaciones con la estructura y contenido del mundo real. Y en tal sentido el comtismo y el spencerismo resultan, a la postre, en irracionalistas (descomposición irracionalista, como dice G. Lukács). Se advierte, de paso, cómo, por ejemplo, la Sociología no se fundó sobre los supuestos efectivos de la Economía sino sobre los principios mecanicistas de las Ciencias Naturales. Entre otros motivos no menos importantes tenemos la consolidación de una conciencia en el campo de la filosofía no dogmática, la libertad para hacer un examen más a fondo sobre los supuestos de la existencia humana y, en particular, acentúa la reacción anti positivista el incremento de nuevas relaciones sociales que demandan soluciones a tono con las nuevas circunstancias. Sin embargo, la reacción contra el Positivismo no reviste en todos los ambientes de América Latina la misma forma o una estructura homogénea.

Citemos, por vía de ejemplo, algunas de las figuras de mayor relieve dentro del marco del Positivismo en América sin la pretensión de agotar, a través del análisis de sus posiciones, todo el contenido doctrinal de esta tan discutida posición. Pero consideramos importante hacer algunas precisiones con respecto al tema de la "originalidad" del Positivismo latinoamericano. Vemos que desde que se inició en estas latitudes el interés por la filosofía positiva, ya encaminados unos por la orientación comtista, ya siguiendo el modelo de Mill o de Herbert Spencer, etc., se ha desarrollado una temática positivista, científicista, de tipo, digámoslo así, autóctona, la cual no venía a responder de manera necesaria a los principios formulados en la Europa del siglo XIX. Adviene, así, dentro de nuestras circunstancias, una verdadera sociología americana, que se caracteriza por su subido tono polémico, que se encara a los grandes problemas del momento y que busca soluciones específicas dentro del marco de nuestra nativa realidad. Es una sociología positiva dinámica, basada en la discusión política y no tanto en supuestos biológicos al estilo de un Spencer, por ejemplo. Y lo que se puede llamar, con sobrados motivos, la "originalidad" del Positivismo hispanoamericano lo podemos funda-

mentar en dos motivos que se nos ocurren por lo pronto: comprobación efectiva de que en la América Latina hubo anticipaciones de las categorías clásicas del Positivismo europeo, inglés o francés. Ejemplos, Justo Arosemena, en Panamá, Juan Bautista Alberdi y Sarmiento, en Argentina, guardada la diferencia que los separa; en Arosemena, el positivismo es, sobre todo, reflexión y construcción doctrinal; en Alberdi y Sarmiento, sí, actitud mental. Pero de todos modos, consignan un momento decisivo en la historia de las ideas americanas. Un segundo fundamento con respecto a la originalidad del positivismo americano: la circunstancia, también efectiva y comprobada, de que en los países al Sur de Río Grande, se llegó a tomar conciencia lúcida de los imperativos socio históricos de la realidad de estas naciones. América no es Europa y es inadmisibles aplicar al contexto de estos pueblos, fórmulas importadas que no consultan los aspectos más concretos del mundo latinoamericano.

Como ya lo ha explicado el uruguayo, Alejandro C. Arias, "cada uno de nosotros encarna de alguna manera lo americano" y este punto de vista lo podemos ensamblar con lo anteriormente afirmado por nosotros, pues en cada una de las naciones que componen el mosaico latinoamericano, existe una disposición a interpretar, analizar o explicar los fenómenos que componen el mundo que descubriera Europa de acuerdo con categorías ínsitas en nuestro propio ser. Muchos hechos y comentarios filosófico-sociológicos, confirman lo que hemos denominado "originalidad" americana del Positivismo, que vemos aparecer en forma un tanto vaga, intuitiva, en personajes como Simón Bolívar (carta de Jamaica, Discurso ante el Congreso de Angostura". Indudablemente, la impronta de Europa se hace sentir en América en donde prevalecen hasta el presente notables influencias del Viejo Mundo. En la Argentina, por ejemplo, los vínculos con la cultura francesa se hacen patentes; en países como Chile y Perú, se advierte con claridad los nexos con la cultura hispánica. El perfil americano del Positivismo se exhibe en México en donde la doctrina de Augusto Comte sirvió como ideal para poner término a la anarquía dentro del país. En el Brasil, el incipiente desarrollo industrial en sus costas, encuentra su justificación teórica en el Positivismo. Por otra parte, en Cuba la escolástica es refutada según los esquemas de un positivismo creador. En la Argentina, el Positivismo toma rasgos definidos que consultan la realidad nacional; allí toma una orientación biológica en Ramos Mejía a la cual el criminalista italiano, César Lombroso, utilizó en sus investigaciones antropológicas; un tono anti intelectualista, rigurosamente científicista en José Ingenieros así como una orientación moralizante; en Carlos Octavio Bunge una concepción positivista según la cual lo social y lo psicológico están determinados por las leyes inmutables de la biología; en

José Nicolás Matienzo toma el sentido de una interpretación histórica de los hechos según el esquema spenceriano. Con el Dr. Justo Arosemena en Panamá, su Positivismo teórico se anticipa, según confirmaciones de buena tinta, a la del inglés Herbert Spencer, confirmándose en sus tesis que los postulados del positivismo de Hispanoamérica arrancan de motivos que no dependen tan sólo de las influencias europeas. Como otros pensadores hispanoamericanos, el Dr. Arosemena pensaba, anticipándose a muchos contemporáneos, que "la raza y el medio, la herencia y la psicología, constituyen la clave para la indagación de la sociedad hispanoamericana". En Bolívar, el liberalismo se funda sobre supuestos del positivismo americano. Allí, como lo afirmaba Prudencio Bustillos, las necesidades imponían la creación de más escuelas de técnicos, agrónomos, peritos mercantiles, que de gente letrada. Estas concepciones respondían a una genuina formulación del positivismo que podemos catalogar como "autóctona". Un genio propio, una conciencia frente a la realidad que envuelve al hombre hispanoamericano, rasgos espirituales definidos, un humanismo que florece en tierras nuevas con abonos teóricos que se nutren de la planta humana, una personalidad que se perfila con todos sus males y todas sus virtudes y que poco a poco va saliendo de la idolatría intelectual a una definición propia que consulta lo original, lo auténtico, con un programa integrado dentro del contexto de las naciones hispanohablantes.

Se reconoce que el positivismo se inserta dentro de la historia de las ideas en América Latina, como la parte de mayor interés. Incluso la reacción contra sus postulados, ya en Mill, en Spencer o en A. Comte, sirvió para alentar el estudio serio y sistemático de la filosofía en general; este dato nos puede servir para explicarnos cómo ha sido posible un despertar de la conciencia filosófica en Hispanoamérica, despertar que encuentra su razón de ser en las influencias del pensamiento europeo sobre América Latina, sin que ello signifique que en todas las manifestaciones del espíritu filosófico americano su contenido representa exactamente el contenido del pensamiento de la vieja Europa. Pero en una forma u otra, la reflexión sobre los problemas últimos -el ser, la sustancia, el devenir, la esencia, el sentido de la vida, el conocimiento, etc.- devino en forma más vigorosa y militante como consecuencia de esta polémica anti positivista. Los intereses intelectuales del Positivismo se orientaron, en una primera fase, en el estudio de las Ciencias Naturales, siguiendo en tal orden de ideas, la senda seguida por la tradición empirista inglesa.

Tal como han señalado pensadores como Francisco Romero, la situación social de la América Española constituyó a arraigar el Positivismo. Esto, como ya se ha analizado, se explica: urgencia por establecer bases concretas, efectivas, colectivas, para organizar los

recursos naturales de cada país. Este interés, expresado tanto en lo social como en lo económico y político, coincidía plenamente con las premisas del Positivismo. El Dr. Leopoldo Zea ha visto en las doctrinas de Spencer y de Carlos Darwin, paralelas en cierto sentido con las tesis comtistas, la más amplia justificación teórica de los intereses de la burguesía criolla, hasta el punto de que en países como México, el Positivismo se convirtió en doctrina oficial del Estado durante el dominio del porfirismo. El orden que se impone durante la dictadura de Porfirio Díaz se hace aparecer como realización del ideal positivista. Del mismo modo, años más tarde, el proletariado de América Latina habría de encontrar en el materialismo histórico y el socialismo militante, la justificación doctrinaria de sus intereses y aspiraciones clasistas.

En muchos países el Positivismo, como en México y Argentina, estuvo ligado al liberalismo en sus diversas modalidades. En el primero de ellos se vinculó a una actitud anti clerical, liberalismo individualista en descomposición, en reaccionarismo oligárquico. En la Argentina, el Positivismo se liga con el liberalismo democrático y al "realismo social" de la generación romántica. En otros, bajo el nombre de "cientificismo", fue el arma ideológica para combatir a las fuerzas regresivas, adversarias del laicismo, del espíritu democrático-liberal y de toda doctrina favorable a la "descolonización" intelectual con respecto al pensamiento europeo. Si reparamos en estas contradicciones internas del Positivismo, nos daremos cuenta de que bajo la capa de esta doctrina había intereses de una burguesía en pugna. En este sentido, según testimonio de R. Soler, ha afirmado Berta Perelstein que la modalidad positivista argentina, así como el anti positivismo, representan, en realidad, "expresiones ideológicas de la burguesía argentina en coyunturas históricas específicas". Así, durante gran parte del siglo XIX, los movimientos filosóficos de América Latina, lleven el nombre que lleven, salvo las primeras manifestaciones del socialismo, han sido divulgadas y estudiadas por las respectivas burguesías latinoamericanas a través de sus representantes. Las contradicciones inherentes a la estructura de sociedades modeladas por la burguesía latinoamericana, nos presentan, a título de ejemplo, positivistas que combatieron al liberalismo, como el mexicano Don Justo Sierra, quien se oponía a otro positivista, don Gabino Barreda, defensor de las leyes liberales de Reforma y, a su vez, el pensador que introdujo en México las teorías positivistas. También hubo positivistas que profesaron con vehemencia los principios del Liberalismo tales como Alberdi y Echevarría en la Argentina, Lastarria en Chile, Enrique José Varona en Cuba y Farías Brito en el Brasil.

En muchas ocasiones se ha afirmado que el Positivismo, como expresión filosófica de la burguesía criolla, encontró en el Brasil su

segunda patria, participando en la discusión en torno a los problemas sociales y proponiendo fórmulas de organización nacional sobre la base de los principios comtistas. Ya en 1876 se funda en el Brasil la primera sociedad "Positivista", entre los cuales se contaban Benjamín Constant, Miguel Lemos y Texeira Méndez. Pero bien pronto los positivistas brasileños se dividieron en dos grupos. Unos se mantuvieron fieles a la ortodoxia (religión de la humanidad, idea del progreso), entre los cuales se contaron algunos como Miguel Lemos y Texeira Méndez, quienes llevados por un fervor hacia Comte, fundan en 1881 la llamada Iglesia Positivista. Otros, como Luis Pereira Barreto, rechazaban los aspectos místicos del comtismo. La posición de Pereira Barreto está dentro de una línea "heterodoxa". Pero la más grande de las figuras del Positivismo brasileño fue Tobías Barreto, quien no sólo se inspiró en Augusto Comte sino en el monismo metafísico y biológico de Ernest Haeckel. En cierto modo se inclinó hacia la filosofía panteísta de Schopenhauer, y en parte no llegó a ceñirse estrictamente a Comte cuya concepción él consideró grandiosa, sí, pero no obligaba a declarar adhesión completa, total, al maestro. Crítico de su propio país, Tobías Barreto se queja de la frivolidad del espíritu brasileño, mostrando una admiración extraordinaria hacia el espíritu especulativo, crítico y analítico del pueblo alemán. Del Brasil llegó a decir en sus ESTUDIOS ALEMANES que "el Brasil padece de una especie de estreñimiento cerebral; tiene ponzoña en el cerebro...somos una especie de antropoides literarios" y otras cosas por el mismo estilo. En todo caso en sus escritos filosóficos revelan una fuerte tendencia hacia esquemas eclécticos, con acentos del idealismo romántico, el criticismo kantiano, el pesimismo de Arturo Schopenhauer y el más decidido irracionalismo, lo que expresa en él "contradicciones" que han sido explicadas, justificadas y refutadas.

La reacción contra el positivismo en el Brasil la encabeza Raimundo de Farías Brito, partidario por una parte del panteísmo racionalista y por la otra de un espiritualismo próximo al de Berkeley. Su crítica contra los comtistas la podemos resumir así: "Para nuestros pensadores (los positivistas) parece que el espacio del tiempo quedó definitivamente cerrado y que el movimiento de la filosofía llegó a su término con Augusto Comte". En su polémica contra el espíritu cerrado del positivismo comtista, mecanicista, no llega a negar el valor del saber científico pero expresa dudas con respecto a que dicho saber constituye una fórmula para la salvación del hombre. En él, la inteligencia y no la voluntad es lo constitutivo del espíritu. La idea de una sociedad organizada al modo liberal y democrático no entró en sus consideraciones; más bien se mantuvo al margen de todo movimiento político y social. Su concepto de "élites cultas" lo llevó a considerar poco importante la educación de tipo

popular. Tal como había ocurrido con los “ideólogos” en Europa de comienzos del siglo XIX, su actitud fue la de recato y recelo frente al mundo social circundante. Dentro del cuadro del positivismo brasileño, Jackson de Figueiredo se presenta como un estudioso del pensamiento de Farías Brito, defensor del catolicismo y del misticismo. Según Jackson de Figueiredo, existe una incompatibilidad entre una sociedad bien organizada y el concepto de libertad. La una supone la exclusión de la otra y viceversa. Como podemos ver, la reacción anti positivista adquiere aquí rasgos realmente reaccionarios, irracionales y anticientíficos.

La mayor influencia que ha tenido el Positivismo en el ámbito de América Latina ha sido en México. No sólo la “influencia” en sentido corriente y técnico, sino también se destaca la función que ejerció allí: como justificación teórica del régimen porfirista y, por otro lado, en su función educativa. En un período de unos cuarente años, se hace, por así decirlo, dueño de la educación, de la política y, en general, de toda la actividad cultural mexicana. Así instalado en México bajo protección oficial en la segunda mitad del siglo XIX, se vio en esta doctrina un instrumento de renovación, de reforma social y política. Los sectores del clero y del conservatismo lo adversaron, no tanto por lo que éste tuvo de sustentador de una concepción que el pueblo no entendía, sino por lo audaz de sus ideas, apoyadas en una actitud sin parentesco con la escolástica, por sus vínculos ideológicos con la tradición empirista inglesa y con el racionalismo continental europeo.

El más ilustre de los positivos mexicanos fue don Gabino Barreda, filósofo y matemático quien a, su vez, introdujo la doctrina en su país. Bajo la presidencia de don Benito Juárez, fue Director de la Escuela Nacional Preparatoria. La concepción ideológica del positivismo encontró en Barreda un conspicuo representante y los liberales hicieron, a su vez, de la doctrina norma política de su acción. Barreda realizó una interpretación filosófica de la historia de México, siguiendo el esquema de Comte y de acuerdo con la realidad social, política y religiosa de la nación. La importancia de Barreda está, no sólo en haber introducido la doctrina positivista en México sino en haberla propagado. Consideraba que ésta era el medio más eficaz para lograr un conocimiento objetivo, científico, del mundo natural y social. Pero su influencia de más alta significación está en las leyes de reforma de la enseñanza en 1867 y que encontraron en el clero un poderoso adversario. Quitó de los planes de enseñanza el estudio de la filosofía, la cual para ese entonces se hacía al modo de la tradición escolástica, dogmática, aristotélico—tomista.

Con la subida al poder del general Porfirio Díaz, el Positivismo adquiere el rango de la filosofía oficial del Estado mexicano. Sus

seguidores, como don Justo Sierra, acomodan la doctrina según los intereses, ahora, de la reacción mexicana, acudiendo a argumentos acomodaticios para justificar el dominio de los intereses extranjeros, así como para combatir la idea de la Revolución, calificándola de “enfermedad social” y sustituyendo la idea dinámica y progresista de “revolución” por la “evolución”. Justo Sierra, considerado por Leopoldo Zea como el más brillante de los teóricos del positivismo del período porfirista, interpreta, siguiendo una orientación spenceriana, el desvolvimiento político mexicano. Más tarde, Justo Sierra, en el discurso inaugural de la restauración de la Universidad Nacional, expresaría, a manera de refutación un alegato contra el Positivismo haciendo énfasis en cuestiones como aquello de que la bandera de la ciencia, como lo pretendían los positivistas más ortodoxos, no es nunca una enseña de paz; que, en todo caso, dicha bandera no ha sido otra cosa -así lo enseña la historia-, que expresión, no del “altruísmo” como lo pretendían sus más acérrimos defensores, sino una de las tantas manifestaciones de intereses, pasiones, de un orden que so pretexto de terminar con la anarquía ha acabado, en México, con la libertad.

Con el lema de “Orden y Progreso” se trataba de disculpar las ambiciones dictatoriales de Porfirio Díaz quien a su vez, propiciando la formación del Partido de los Científicos, hizo del positivismo un baluarte ideológico que había perdido su ímpetu original, renovador, con su mensaje de progreso general, etc. Ahora el positivismo de filiación porfirista había llegado a una especie de esclerosis intelectual, dogmatizando, esquematizando ideas dinámicas. Se convierte en algo así como en un cadáver, en un espectro espantoso que ni Comte ni Spencer hubieran podido reconocer. La reacción contra el positivismo en México tuvo sus razones filosóficas y políticas, amén de circunstancias históricas. Filosóficas, porque su posición se había mostrado, hasta el exceso, unilateral, rechazaba lo espiritual como categoría ontológica significativa, pura, como hecho en sí y su ángulo o perspectiva visual lo limitaba al simple dato sensorial; lleva, así, el escepticismo agnóstico del positivismo a circunscribir el conocimiento a meros hechos de la sensación y la conciencia se convierte en un simple agregado del contexto material del mundo, todo explicado dentro de un concepto mecanicista, sin aliento renovador. En lo político el positivismo se convirtió en una doctrina que, a manera de nueva escolástica, quiso excusar los excesos del conservatismo, la entrega del país a los intereses foráneos, la defensa de una situación que por delante se presentaba con un aparente rostro de progreso, paz y tranquilidad, pero que por detrás mostraba la cruda realidad de una nación en donde se sacrificaba el progreso moral por sórdidos intereses de una burguesía sin conciencia de la nacionalidad, en donde el brillo y el oropel de las espadas y las medallas ocultaban una

realidad muy diferente a como se presentaba por delante. Leopoldo Zea nos explica que la única libertad que ellos (los del Partido Científico) permitieron fue la del enriquecerse sacrificando los intereses generales del pueblo mexicano.

Sin embargo, la función histórica del positivismo en México no puede ser subestimada en aras de una pasión o de posibles intereses puramente ideológicos. Como episodio dentro de la historia mexicana merece, por lo tanto, una consideración profunda, un estudio crítico, objetivo, dentro del marco de las corrientes filosóficas y científicas vigentes. En torno al positivismo mexicano existen interesantes ensayos y escritos de valor. Entre ellos contamos con las publicaciones de Gabino Barreda, Justo Sierra, Antonio Caso, Leopoldo Zea, Agustín Aragón y Samuel Ramos. La reacción anti positivista la encabezó en México el Ateneo de la Juventud, cuyo guía espiritual, el hermano mayor del grupo como lo llama Leopoldo Zea, fue don Pedro Henríquez Ureña en quien se encarna una primera formulación decididamente adversa al positivismo oficial.

El Positivismo está representado en Chile por autores como José Victoriano Lastarria, Valentín Letelier, así como los hermanos Lagarrigue, Juan Enrique, Jorge y Luis. Se ha insinuado -Méndez Plancarte, García Calderón, Menéndez Pelayo, Insúa Rodríguez -una posible relación de don Andrés Bello con el Positivismo, principalmente con el de Stuart Mill. Pero muy por el contrario, el espiritualismo de Bello ha sido, tal vez, el acicate que abrió el camino para la reacción positivista en Chile. Chile no ha tenido figuras extraordinarias en el Positivismo, pero como doctrina ha influido en forma notable y fecunda en la organización educativa de la nación sureña, en los programas de reformas sociales así como en la fundación de Academias y Sociedades Literarias. Ejemplos, "Sociedad de la Ilustración", "Academia de Bellas Artes". Los tópicos de la primera fueron los relacionados con las doctrinas de Littré y de A. Comte. Los temas de la última, la búsqueda de la verdad y de la belleza por la crítica positiva.

Sobre Lastarria ha dicho Luis Oyarzún que éste no fue un positivista en sentido pleno, y en, realidad, llegó a tener conocimiento de doctrina en un período relativamente tarde. No obstante, Lastarria profesa un intelectualismo histórico caracterizado por la búsqueda romántica de un destino propio en función de la nacionalidad, defensor del ideario liberal pero adversario de todo poder de tipo espiritual, muy afín al comtismo en lo político y social; enemigo, sin embargo, del principio de la nueva religión de la humanidad. Las "Lecciones de Política Positiva" de Lastarria merecieron de Emile Littré un comentario que indica hasta qué punto Europa seguía con interés la evolución intelectual en los pueblos hispanohablantes. La

orientación ortodoxa del positivismo en Chile la encontramos en los ya mencionados hermanos Lagarrigue. Se reconoce en Jorge Lagarrigue "apóstol del comtismo ortodoxo en su país y en el extranjero" (R. Soler). Seducido primero por los escritos de Littré, se inclinaba hacia la doctrina de Comte, por parecerle portavoz gigantesco, saturado de un mismicismo que se aviene con las tesis fundamentales de la doctrina. Sus otros hermanos, Juan Enrique y Luis, reconociendo la superioridad, a su juicio, de Comte, se convierten también en fanáticos del ideario positivista, invocando, sobre todo, el culto al Gran Ser, el altruísmo, la fe en el progreso inevitable de la humanidad.

Con anterioridad a Charles Darwin, el inglés Herbert Spencer concibió el evolucionismo como la sucesión de los fenómenos dentro de un Absoluto, al cual él designó con el nombre de lo Incognoscible; allí ya encontramos una formulación del Agnosticismo en términos de un materialismo mecanicista. La ley de la evolución en sentido spenceriano se puede definir de la siguiente manera: "Integración de la materia y la disipación concomitante del movimiento por lo cual la materia pasa de un estado de homogeneidad indeterminada e incoherente a un estado de heterogeneidad y coherente" y, en consecuencia, considerando exclusiva del movimiento mecánico, impugnación de una metafísica racionalista y de las relaciones ideales, etc. El evolucionismo spenceriano remata en un individualismo ético y social. Y en relación con el origen de los grupos sociales en general, Spencer sostiene una hipótesis monogenista, la cual le atribuye a las agrupaciones primitivas un mismo carácter de homogeneidad. Al hacer referencia a los conceptos de "psicología colectiva" y "psicología de las multitudes", Spencer afirma que un número determinado de individuos que se encuentran sujetos a factores iguales, pueden poseer, en virtud de este mismo hecho, caracteres psicológicos semejantes. La influencia y la presencia del positivismo spenceriano se advierte con más o menos fuerza en pensadores de América Latina como, por ejemplo, los teóricos del régimen porfirista, así también, como motivo para desarrollar interpretaciones socio históricas que intentan superar el evolucionismo del inglés y otros como Le Dantec y Haeckel.

En la Argentina se intenta construir un Positivismo de tipo monista y naturalista, sin apearse de modo necesario al mecanicismo Spencer. Si bien es cierto que Sarmiento dijo aquello de que "con Spencer me entiendo porque andamos el mismo camino", se puede afirmar que el Positivismo argentino no sufrió la impronta spenceriana como un elemento decisivo o determinante. Por el contrario, el Positivismo argentino ni dependió ni fue continuación de los principios spencerianos. Más bien se presenta como una supera-

ción del mecanicismo del filósofo inglés. No hubo propiamente “escuelas” sociológicas argentinas; sólo tendencias más o menos definidas, orientaciones como el positivismo penal, positivismo jurídico, positivismo sociológico, biologismo sociológico, etc. De todos modos, la estructura y el contenido del Positivismo argentino se desarrolla al hilo de una consideración sobre los temas fundamentales de Spencer. Leopoldo Zea, Berta Perelstein han interpretado el positivismo en general como justificación, en el plano de los conceptos filosóficos, de las clases burguesas de América Latina. Sobre el particular anota Ricaurte Soler que, por ejemplo, en el caso argentino este esquematismo le parece exagerado. Los positivistas argentinos no siempre aparecen vinculados a determinados intereses “burgueses”. Más bien, gran parte de la reacción anti positivista se presenta como un movimiento anti popular en sentido revolucionario, como un intento por desplazar de la escena intelectual explicaciones científicas, revolucionarias, cónsonas en muchas ocasiones con el socialismo. La declinación del científicismo argentino sí aparece vinculado con la reacción de una burguesía oscurantista, orientada en el sentido de un “humanismo” y de un idealismo metafísico que poco o nada tiene que ver con una evolución efectiva del pensamiento científico.

En la evolución intelectual de las ideas argentinas adscritas al Positivismo, José Ingenieros se destaca por su profundidad y rigorismo en el enfoque de la temática sociológica. En su “Simulación en la Locura”, nombre de su tesis doctoral, anticipa su interés por la psiquiatría y la criminología. Se considera “Principios de Psicología Biológica” la obra en donde la orientación científicista al modo de Haeckel alcanza su más legítima expresión. En toda su vasta producción, Ingenieros defiende un tipo de monismo naturalista, inserto dentro de una metafísica de la experiencia hasta rematar en una teoría acerca de la formación naturalística de la conciencia en su aspecto personal. En otro aspecto, Ingenieros orienta su Positivismo hacia posiciones francamente anti intelectualistas, sin llegar necesariamente a rechazar cosas como la función introspectiva del sujeto pensante. Su científicismo exhibe todos los caracteres del monismo naturalista que advertimos, por ejemplo, en Le Dantec y del positivismo puramente anti metafísico de Ribot. En tal orden de ideas, en Ingenieros advertimos no una posición agnóstica al modo de Spencer, sino la afirmación de una “metafísica de la experiencia”, para él, “metafísica del porvenir”, cimentada sobre el concepto de que la metafísica se constituye para la formulación de hipótesis legítimas en relación con los problemas inexperienciales, lo que hará de ella, la metafísica, algo en constante renovación y perenne en su proceso, ajena a los dogmatismos de todo orden — racionalismo, religión, política, etc.—libre de imposiciones o influencias estériles. Si el positivismo aparece ligado con la Ciencia, también se presenta, según Inge-

nieros un nexo, un paralelismo, entre política y filosofía. Así, por ejemplo, al referirse a los escritores burgueses como Bergson, Boutroux, etc., los ubica como representantes de las clases conservadoras. Las reflexiones del maestro Ingenieros acerca de la temática metafísica, gnoseológica, sociológica, política, se anudan en aquella idea de que "la moralidad efectiva es un producto social" o, bien, que "toda ética efectiva ha sido un resultado natural de la experiencia social".

Entre las figuras representativas del Positivismo argentino, Carlos Octavio Bunge es considerado como importante teórico del biologismo psicológico. Según este principio la evolución social está regida por principios de orden biológico. Su pensamiento filosófico admite la posibilidad de una metafísica positiva fundamentada, precisamente, en hipótesis científicas. En su ensayo de psicología social, Bunge se muestra partidario del determinismo racial; allí, sus conclusiones son realmente pesimistas con respecto al mestizaje. Para él, las "razas" india, hispánica y negra nos han legado, por la vía de la herencia, un tipo de hombre hispanoamericano con taras y defectos psicológicos, herencia que ha hecho a estos pueblos colectividades enfermas, sin capacidad para el cultivo superior de la cultura. Ensayo, así, una especie de patología social que explica, por ejemplo, el fenómeno del caudillismo, el fanatismo religioso, el servilismo del grupo étnico negro, la arrogancia del español, etc. Su biologismo lo inclina a pensar seriamente que la evolución filogenética de la humanidad es análoga a la evolución histórica de las naciones; que la inteligencia es una manifestación evolucionaria del instinto. Su influencia la podemos considerar de importancia en la evolución de las ideas argentinas. Ejemplo, el intento de explicar el desarrollo histórico de la patria de Sarmiento desde el punto de vista de la psicología social.

El Positivismo argentino nos muestra una línea de evolución que se enlaza con las concepciones filogenética, transformista y científicista del sabio Ameghino; en la orientación de un psicologismo absoluto y anti intelectualista de Carlos Antonio Bunge; en la orientación realista de la lógica en José Nicolás Matienzo; en el evolucionismo no mecanicista de Rodolfo Senet o, bien, en el positivismo jurídico de Francisco Ramos Mejía, etc. En una u otra forma se ha intentado demostrar de qué manera el naturalismo biólogo del científicismo en Argentina no sólo impulsó el incremento de ideales "progresistas" sino, incluso, proposiciones de tipo revolucionario. Este aspecto, por lo menos, nos lo muestra la historiografía de pensadores como Ingenieros. Es interesante consignar cómo el Positivismo ha tenido en México y en Argentina destinos tan singularmente distintos. Mientras en el país azteca, el Positivismo se convirtió en el baluarte de la reacción anti democrática e imperialista, en Argentina el Positivismo

converge con el ideario democrático, socialista en muchos aspectos y el laicismo liberal.

En Puerto Rico, Eugenio María de Hostos exhibe un positivismo que nada tiene de común ni con el pensamiento de Comte ni con el evolucionismo mecanicista de un Spencer. Ricaurte Soler señala, por el contrario, una aproximación legítima del pensador portorriqueño a la doctrina del sociólogo francés, Emile Durkheim y, por lo consiguiente, singularmente adicto a los conceptos de consciencia colectiva y de supraindividualidad de lo social. Hostos plantea el dilema de "civilización o muerte"; se explica esta actitud vital por su espíritu generoso que considera como vicio moral el sistema social de su tiempo. Arde en el maestro Hostos, la fe en la verdad, la pasión por hacer el bien sin medir sus consecuencias, realizar la libertad y la justicia. Y sin haber estado nunca en la tierra de Martí, trabajó tesoneramente por la independencia de Cuba, la que se justificaba, según criterio corriente, por imperativos morales y materiales. Su "Moral Social" es la obra que mejor representa su ideario. Escribió dos Tratados breves sobre Sociología destinados a los futuros maestros de primaria. No se nota en este autor un Positivismo a título de teoría o doctrina fundadas en supuestos metafísicos, ni adscrito a posiciones irreductibles como el evolucionismo biológico, el pampsiquismo, etc. Su Positivismo se presenta más bien como una doctrina para subvertir el orden colonial, por ponerle término a aquellas formas de opresión tan en boga.

En Cuba, don Enrique José Varona encarna un tipo de positivismo, por así decirlo, personal, sin atenerse de modo necesario a las premisas de un Mill, un Comte o un Spencer. Mantiene una actitud independiente y hasta de crítica a los esquemas conceptuales clásicos del positivismo. Como maestro de la juventud cubana se dedicó Varona a convencerla de que solamente, mediante el estudio y la investigación seria y paciente podrían los hombres lograr la libertad ya que únicamente tener conciencia de ésta es lo que permite realizarla. Por su franco y abierto repudio al pasado colonial y a una educación escolástica, ha dicho Medardo Vitier de Varona: "Siempre he pensado que Varona recargó las tintas a favor de la llamada leyenda negra, en parte por haber escrito *El Fracaso Colonial de España*, en plena revolución cubana, de cuyo ardor ni él, tan equilibrado, podía sustraerse". En todo caso, Varona pensaba que ninguna revolución política es realizable si no se abre el camino para una revolución social. Estos conceptos concuerdan con su posición filosófica que rechaza la noción de que el hombre es una "sustancia" tal como lo interpreta el tomismo o el dualismo de Descartes. En la pugna entre libre albedrío y determinismo, el maestro cubano se inclina hacia un tipo de determinismo no mecanicista en donde el hombre logra su

libertad sólo por el enriquecimiento de sus motivos de acción. Según él la psicología no se explica ni por la metafísica ni por la fisiología, proclamando conceptos como éstos: la indivisibilidad de la conciencia, lo inconsciente, la unidad de lo psíquico, rechazo de la intuición metafísica. Encuentra en Wundt, Bain y Ribot teóricos con quienes tiene afinidad mental y consecuentemente su posición se desenvuelve en la misma línea de estos pensadores. El soporte de la moralidad se encuentra en lo social, sin perjuicio del ámbito espiritual, lo que significa, en el aspecto psicológico, un reconocimiento de la legitimidad de la introspección. Con aquella doctrina sintetizada en la expresión de que lo real es un poliedro de mil caras, Varona deriva hacia un tipo de escepticismo teórico en donde se afirma la relatividad del conocimiento. No es spenceriano porque no comparte el agnosticismo del

el agnosticismo del inglés, ni comtista porque no cree en una religión de la humanidad. Tampoco transige con el kantismo porque éste no ofrece soluciones prácticas, mucho menos con la metafísica y la teología. En una palabra, Varona se inclina dentro del realismo orientado con las conquistas efectivas de las distintas ramas de la ciencia natural.

Del examen hecho hasta aquí podemos sacar algunas conclusiones que se nos ocurren a título de proposiciones para una reflexión más amplia y más profunda, más orgánica y más sistemática sobre el Positivismo en América Latina. Aparte de Ricaurte Soler con *EL POSITIVISMO ARGENTINO* y de Leopoldo Zea, *EL POSITIVISMO EN MEXICO*, no conocemos ensayos tan prolijos y fecundos como el primero, y tan reveladores y sesudos como el segundo en torno a las raíces, evolución y proyecciones del positivismo en general en América Latina. Entre las conclusiones, pues, que nos atrevemos a formular, tenemos las siguientes:

1. La orientación de la sociología positivista en su expresión europea (Comte, Mill, Spencer, Taine) investiga los problemas sociales pero prescindiendo de su base económica.
2. Al idealizar el concepto de progreso indefinido, el Positivismo en su fase inicial defiende posiciones ideológicas en pugna con las nuevas clases sociales en Europa y se torna defensor de un sistema que está en quiebra.
3. La teoría positivista del conocimiento llega a conclusiones decididamente agnósticas dentro del pensamiento de Comte, Littré, Spencer.
4. Su hostilidad al ateísmo (Comte), lleva al Positivismo a adoptar el supuesto del "Gran Ser" y en tal sentido no ha

superado la etapa religiosa que el mismo A. Comte ponía como fase elemental del proceso de la historia social y del conocimiento humano.

5. Dentro del mundo de América Latina el positivismo es, en parte importado pero, a su vez asimilado. Y por otra, es ya una actitud mental en pensadores como Sarmiento y Alberdi y toma forma de doctrina conceptual propia en Justo Arosemena, Ameghino, Bunge, Senet, Ingenieros.
6. El Positivismo propicia en América Latina del siglo XIX una actitud científica, con orientación social y sin el espíritu especulativo propio del viejo racionalismo.
7. En países como Chile, Bolivia, Argentina, el positivismo es bandera de reivindicaciones en todas las esferas del orden humano.
8. Dentro de la realidad mexicana, el Positivismo "cientificista" fue instrumento de la reacción, de la dictadura porfirista, justificadora de un "orden" bajo el cual latía la más descomunal anarquía. Si en una primera fase, el Positivismo fue en México un medio para cimentar el orden liberal burgués de tipo amplio, en la siguiente se convirtió en la antítesis de sus divisas.
9. El movimiento de reacción contra el Positivismo, ampliamente justificado en México, por ejemplo, cobra formas realmente místicas, irracionalistas y anti científicas en la Argentina. En el país de Juárez, la reacción antipositivista tuvo un carácter, en términos generales, adecuados a romper con una situación asfixiante en todos los órdenes de la cultura. En la Argentina, Chile, Uruguay, cobró acentos muy cónsonos con intereses que rebasaban el simple marco de las especulaciones para defender posiciones clasistas.

MATEO ITURRALDE:
(1821 - 1895)

J. Conte-Porras

“Yo no vendo a mi patria... la frase ha sido atribuida al patriota popular, Mateo Iturralde, y ahora los historiadores se han puesto a investigar, si efectivamente la pronunció en el Congreso de Colombia...”

“...Yo no sé si los historiadores conseguirán su objeto, pero sea lo que fuese, el pueblo seguirá creyendo en la frase...”

Hace muchas generaciones, que el nombre de Don Mateo Iturralde, se ha convertido en un símbolo sublime de amor a la Patria, cuyo nombre de Leyenda, invocan los panameños en las horas difíciles, en que alguna circunstancia histórica, reclama nuestro corazón.

Pero poco es en verdad lo que se ha indagado sobre este hombre, y sobre lo que hizo en su vida para alcanzar tal estatura. Algunos se preguntan, si únicamente aquella frase atribuida a él, es lo que lo ha hecho dig-

no de alcanzar el recuerdo perdurable.

No es abundante la información biográfica que existe sobre tan ilustre varón, y sin embargo, por diversas razones, puede considerársele uno de los intelectuales más sobresalientes del Departamento de Panamá, durante el siglo XIX.

Nació en la ciudad de Panamá, en visperas de la independencia de España, y murió en ella, en el año de 1895, cuando el Istmo de Panamá se avecinaba a la separación de Colombia, y a la fundación de la República.

Durante su agitada vida civil, ocupó diversas e importantes posiciones dentro del engranaje gubernamental de la República de Colombia, y por tal motivo, hubo de fijar su residencia en Bogotá por largos años.

Esta prolongada ausencia acrecentó sin embargo su amor

por el Istmo, y así lo demostró, cuando retirado de las luchas políticas que le reclamaron, regresó a Panamá para dedicarse al ejercicio de la medicina, hasta que le correspondió cumplir con su última jornada.

Mateo Iturralde, nació de la unión de Tomás de Iturralde y Aquilina Vega, a quienes perdió siendo un niño aún.

La repentina desaparición de sus progenitores, obligó a su tía anciana, Manuelita de Iturralde, a recogerlo en su hogar. En esa casa no le faltó cariño, pero si muchas otras cosas.

De su tía Manuelita recibió la enseñanza de las primeras letras, quien quedó sorprendida del talento excepcional de su protegido, y muy pronto debió de buscar otros instructores para que completasen su educación.

Era un lector infatigable, y muy pronto se convirtió en una autoridad de la lengua española. En el año de 1838, contando apenas diez y siete años, fue designado por la junta de Educación Pública del gobierno departamental, para que sirviese de Profesor de la Lengua Española en el Colegio San Diego de la ciudad de Panamá.

Sin embargo, comprendiendo que el Istmo era un ámbito demasiado estrecho para continuar su desarrollo intelectual, y habiendo muerto su tía Manuelita, viaja por su propia cuenta al Ecuador, en donde fija su residencia por varios años.

Los primeros días son difíciles, pero no le vencen, Las estrecheces económicas que ha sufrido en su infancia le han forjado un carácter firme, y una gran voluntad.

Finalmente consigue trabajo en una firma de abogados, lo cual además de permitirle obtener una cultura jurídica, le proporciona el sustento para estudiar en la Universidad de Guayas.

Se decide por el estudio de la Medicina, a la cual dedica todo su empeño. Al terminar su carrera en la Universidad, regresa al Istmo de Panamá.

Se dedica por un tiempo a la labor social de atender a la gente humilde, que no puede pagar un médico.

Insatisfecho de sí mismo, viaja en el año de 1853 a la ciudad de Bogotá, con el ánimo de continuar estudios de Derecho. Ahí fortalece su amistad con Tomás Herrera.

En Bogotá lo sorprende una serie de luchas políticas sectarias. Identificado con Herrera, ha de hacer causa común con el liberalismo, prestando sus servicios de médico al ejército revolucionario, que se levanta contra los poderes constituidos.

Después de la caída de Melo, es reclamado para una importante responsabilidad pública en Bogotá. Es elegido como representante del Congreso.

Como senador, alcanza gran prestigio popular, por sus dotes de orador y su poderosa dialéctica, pero también por su integridad y corrección.

En una de esas sesiones en la que se debate un problema sobre el Ferrocarril del Istmo de Panamá, su voz se alza repleta de encendido patriotismo, y anteponiéndose a los intereses de partido, hace la defensa de los intereses de la Nación.

Es en este incidente, en donde habrá de pronunciar aquella frase que lo ha llevado a la inmortalidad.

Fue tanta la controversia que provoca su actitud, que en diferentes sectores del país empieza a pronunciarse su nombre, como un sinónimo de idealismo y amor a la Patria.

Un periodista contemporáneo, escribió en la época unas frases sobre Mateo Iturralde, cuyo pensamiento es representativo de la conmoción que alcanzó su figura,

“Tu nombre se lo enseñaremos a pronunciar a nuestros nietos, como modelo de amor a la patria, y ellos se encargarán de transmitirlos a otras generaciones.”

Además de su cargo en la cámara legislativa, el Dr. Iturralde, ocupa otras posiciones importantes, fue Secretario de Estado, y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, en donde deja huellas de su creatividad e inteligencia.

Mas cuando la edad anciana empieza a reclamarle reposo y sus energías empiezan a declinar, regresa nuevamente al Istmo de Panamá, en donde fija definitivamente su residencia.

Desde entonces ha de dedicarse nuevamente al ejercicio de la medicina.

Al final de sus días, nada le deleita tanto como el diálogo con sus amigos jóvenes. Se reúne con ellos cada día en la Plaza Catedral.

Sus contemporáneos cuentan que eran famosas esas prolongadas charlas, en las que el Dr. Iturralde, mantiene en verdad una especie de cátedra popular de Ciencia Política, para una serie de hombres que le circundan, casi todos de una edad muy joven.

No teme al contacto de la juventud porque está identificado con ella. Dicen que día a día, repite una frase que ya sus interlocutores conocen de memoria, para identificarle.

“Señores, ni me gasto, ni me muero.”

Tal vez quería expresar que se sentía repleto de una gran energía física y mental. Pero en realidad se acercaba su hora postrera.

A este ser extraordinario se le atribuye una anécdota que tal vez pueda revelarnos algo más sobre su carácter y personalidad.

Como hemos advertido, cada tarde, al caer el sol, y luego de

atender a sus enfermos, frecuentaba la Plaza de la Catedral, en donde se reunía con sus amigos, era una especie de ritual que cumplía religiosamente.

Pero por uno de esos movimientos internos que sufre constantemente el Istmo de Panamá, en la lucha partidista de liberales y conservadores no son pocas las veces en que las tropas colombianas con arreos de combate, tomaban posición de puntos claves de la ciudad, para evitar manifestaciones públicas.

Las razones eran obvias, ya que estas manifestaciones podían desembocar en una expresión de fe anticolombiana.

Ajeno a los días que se viven, Mateo Iturralde va a cumplir con su cita.

Pero esa tarde habrá de enfrentarse con un soldado que le detiene. Cumple órdenes de no permitir el paso por la Plaza.

Iturralde, indiferente a la orden, exponiendo su vida, se acerca al soldado.

El agente del orden público levanta su fusil y le grita...“ALTO” y aquel anciano, que vive sus últimos días, coloca su índice sobre el soldado y le responde...“ATRAS”

Tal vez por el respeto que emana de la voz de aquel anciano venerado, el soldado vacila y deja pasar a su interlocutor. Tras Mateo Iturralde pasan los jóvenes que le acompañan, para

cumplir la sesión diaria con sus debates, sobre los problemas de la patria.

Se acerca su partida: El día 21 de Julio de 1895, la muerte lo sorprende en el sueño. Su sepelio constituye una profunda demostración de afecto, sin precedentes en el Istmo de Panamá.

Los hombres más distinguidos de su tiempo, le acompañan hasta su tumba, para rendirle un tributo de admiración... entre los oradores, se destaca Don José Llorent, que en breves y sentidas frases, afirma...

“Fue un ejemplo de virtudes ciudadanas. En el cielo de la patria, fue como un astro de luz...”

En el año de 1913, el Presidente Porras, gran admirador del eximio patricio, hace erigir un busto a su memoria, para presentarlo como ejemplo permanente de amor a la patria.

Durante el año de 1921, y precisamente cuando nuestro país, se ve envuelto en una lucha de hondo contenido nacionalista, se conmemora con gran solemnidad el centenario del Dr. Iturralde.

En 1971, al cumplirse ciento cincuenta años de su natalicio, su figura singular, continúa inspirando a la juventud panameña, y su nombre como una antorcha de luz, se levanta sobre el cielo de la patria, como diría José Llorent, para convertirse en el supremo alabarda de nuestra soberanía...

Epistemología

Leyendo la Hegel quedé convencido que el método de la Metafísica no puede fundamentarse en la diferenciación de la conciencia como insuficiente para prever todos los futuros resultados, pero todavía queda como un elemento necesario de expresión y de interpretación.

La determinación de las condiciones que intervienen en todo acto de inteligencia es necesario para atender lo que el otro pretendía decir.

El uso de la imagen es de gran importancia para conocer el grado de conciencia metafísica que tenía el filósofo.

La demostración del verdadero ser del filósofo empieza cuando él deja de descubrir los errores en sus compañeros de trabajo y tiende a determinar las condiciones que fueron consideradas por sus adversarios. El error es un hecho que no existe para los hombres filósofos.

El error se encuentra en el otro que juzga con elementos más completos el juicio del contrario. Lo que existe es la mayor plenitud o inmadurez en el uso de las condiciones que intervienen en todo acto de inteligencia.

Lo que es de gran importancia conocer es la grandiosidad del ser del hombre que actúa todo entero en todos sus actos de acuerdo con la profundidad a que ha llegado en su desarrollo intelectual. Toda la naturaleza del hombre se actúa en el acto de expresar su acto de entender aunque éste sea incipiente. Tales de Mileto, Heráclito, Parménides, Platon, etc., expresaron su grado de diferenciación de la conciencia con todo el rigor de una mente humana dentro del contexto en que se hallaban, Aristóteles no puede admitir las posiciones de los primeros filósofos porque según él, la exigencia de la verdad de la cosa im-

pulsaba a la inteligencia a una nueva admiración. Este suceder de exigencia ha continuado a través de los siglos en donde el pensamiento humano se ha desarrollado grandemente. A los hombres del renacimiento, Aristóteles aparecía como un olvidador de hombre amante de lo bello y de lo grande. Y se dieron a las letras clásicas con todo el hombre. Galileo introduce el método científico y se pone a criticar el aristotelismo como insuficiente, pero todavía usando los mismos elementos aristotélicos y el mismo análisis introspectivo vuelto hacia lo externo. Niega de la misma manera como afirma Aristóteles, las cualidades secundarias. Locke, Berkeley, Hume, continúan aún perdidos en el aristotelismo y se pueden encuadrar dentro de los esquemas del maestro, todo esto porque usan un mismo método en el expresar la verdad afirmada y verificada por ellos en un modo o en otro. Entre ellos es bastante fácil determinar las condiciones que no consideran en la expresión de sus inteligencias y el esquema de diferenciación de la conciencia en el cual fundamentaban su filosofía. Luego con Kant empieza la filosofía a tomar nuevos derroteros en la determinación de las proposiciones filosóficas. Empieza claramente a hacerse explícito el método que sostenía el edificio aristotélico, pero acudiendo constantemente a los instrumentos de expresión usados por filósofos pre-

cedentes. Acude a la ciencia, al lenguaje pero sobre todo insiste en la introspección o en el examen interior del sujeto que conoce. Digo que no se independiza de la tradición anterior en el uso de la terminología. Parecería que todo su estudio se puede reducir al nivel del "Anima" de Aristóteles; esto lo digo como hipótesis de trabajo. Al llegar a Hegel encontraremos el discípulo de Kant que aprendió la interiorización y la validez introspectiva del maestro.

Hegel no fue el inaugurador del análisis trascendental ni mucho menos. Sin embargo fue él quien lo llevó a sus extremas consecuencias. No en cuanto lo usó al modo de Kant de un modo explícito al buscar las condiciones de posibilidad en los juicios sintéticos a priori. sino en cuanto desnudó los pliegues de la conciencia mediante la dialéctica. Este trabajo de Hegel preparó las nuevas vías del filosofar. Todavía el idealismo germano no logra salir de la confusión a la cual conduce lo explícito y lo implícito en el análisis trascendental. En este sentido digo que Hegel rompió con el aristotelismo precedente en el modo de atacar la verdad de la filosofía. Ya no será más considerada la verdad como la adecuación de la cosa al intelecto sino el intelecto como el productor de la verdad de la cosa. De este problema aún no precisado por el modo kantiano en la filosofía ulterior se prescinde de un mo-

do velado. No se quiere tocar el problema en su crudeza de desarrollo sino que se "supera" mediante el análisis trascendental que busca no los objetos sino el modo nuestro de conocer los objetos. Y no el modo general de conocer cualquier objeto sino el objeto que llega a ser el sujeto humano al llegar a su propio conocimiento. El método fue introducido por Kant como un problema gnoseológico. Lo tomó Hegel como un problema del espíritu humano que mediante la dialéctica o el movimiento de contrarios llega a ser absoluto. Husserl y Heidegger precisan mucho mejor la fenomenología del sujeto humano que llega a ser en cierto modo objeto en el momento de la autorrealización. Es sin lugar a duda este método llevado a sus últimas conclusiones un factor de anulamiento del idealismo kantiano en el momento que satisfagan la validez de una metafísica del real. En momentos posteriores los pensadores se verán obligados por la verdad de las cosas (como decía Aristóteles, Met. A) o por la verdad del Ser como dirían los trascendentales o por la verdad del hombre a volver a ponerse la pregunta: ¿y verdaderamente nosotros conocemos así como decía Kant? Es la ley de la esencia humana descansar en el ejercicio de su actividad perfecta.

Como hemos querido decir sin lograrlo no es el punto de partida justo lo que nos funda-

mentará la metafísica y la filosofía sino es el punto de partida justo ayudado y sostenido por el conocimiento perfecto, en cuanto se pueda, del ejercicio del hombre en su ser en si mismo. Y este ejercicio no se conocerá sino analizamos el desarrollo de la conciencia en los diferentes niveles de actuación o presencia, a los cuales irreversiblemente se ve sujeta si pretende agotar la suma de inquietudes preguntadoras que constituyen el ser del hombre o el ser del real. No queremos tomar ninguna posición radical desde el comienzo porque tenemos el convencimiento que no hay fundamento ni método garantizado fuera de la realización del propio pensamiento. Además este fundamento cada vez que adquiere una nueva condición no considera en su forma explícita anteriormente, se perfecciona. Es una gran plataforma en donde el horizonte de la propia actuación se indetermina determinándose y se proyecta hacia el algo que atrae y fundamenta el propio fundamento temático del espíritu humano o si se prefiere de la realidad humana.

El filósofo que quiere explicar el verdadero estructuramiento de la realidad humana debe conocer el por qué terminal de todas sus afirmaciones en la experiencia propia dándose cuenta que sus explicaciones pretenden sostener conceptualmente la experiencia interna; además debe dar la hermeneútica que haga

posible la recta intelección de sus proposiciones. Todo filósofo no se inquieta porque se sostengan sus afirmaciones sino que pretende que el individuo se personalice actuándose en su vivencia propia. Es la actuación del propio yo el verdadero fundamento de todo sistema filosófico, y el fundamento próximo de toda recta intelección. Como se dirá en el segundo capítulo de la conciencia, la experiencia de una afirmación no le da validez absoluta sino es el término que establece la ligazón entre la expresión y la traducción en términos concienenciales del desarrollo de un deseo.

Es necesario para seguir avanzando en la conquista de la verdad del hombre tener la inquietud de encontrarse con lo proporcionado a la propia esencia. Todo hombre o mujer que lea un escrito difícil y pretenda entenderlo está en la disposición de tener conciencia del deseo de saber. Notese que en el tercer capítulo y cuarto se tocará de un modo más particular el deseo como tendencia generalizadora de la conciencia y el lenguaje como elemento del saber en compañía.

En el desarrollo del método de la metafísica como ciencia del hombre en su totalidad, no podemos detenernos en un esquema absorbente del saber humano porque así estamos insatisfaciendo el avance posterior del método. La labor del filósofo es determinar la relatividad

de los actos de inteligencia, de voluntad en suma, de los actos humanos. No queremos excluir lo absoluto como aquella capacidad de actuarse en su propia esencia de un modo agotador de la realidad humana pero esto vendrá posteriormente explicitado, pues, no es posible llegar de súbito al término sin haber conocido o experimentado los pasos que conducen al fin. En la historia del acontecer humano podemos fijarnos en las paradojas que han sucedido, tanto que estamos inclinados a dar repuestas y constataciones superficiales de tales acontecimientos. Modos de explicar existen de acuerdo con la actuación individual. El valor último afirmado por el que trata de explicar sirve de premisa para sistematizar los acontecimientos históricos dentro de un cuadro, pero por falta de explicación de su propio proceso cognoscitivo o por falta de explicación de la realidad humana en su ejercicio, creen haber encontrado el absoluto en cada contenido del afirmar humano, sin darse cuenta que su afirmación estaba condicionada por modos imprevisibles.

Todavía el método de la metafísica en su afán de explicarse a sí mismo y de fundamentarse en su propio punto de partida puede darnos la anticipación al menos desde un punto de vista formal-operativo, de los futuros modos de proceder.

Como anticipación del punto de partida del método sirve el

encuentro de todos los sistemas filosóficos en el sujeto pensante. Es el ejercicio del hombre en su realidad comprendedora y de sí misma. Ningún filósofo que ha tenido la presentación del filosofar puede negar el sujeto pensante como base de toda formulación. Todavía el punto de arranque del sujeto pensante esta sujeto al mismo grado diferenciador de su propio ser. Cada yo pensante se plasma en sus realidades de acuerdo con su estructura íntima. Lo difícil de encerrar con la inteligencia es lo imprevisible de los subsiguientes desarrollos de la conciencia; y esto se debe a que el contenido formal-operativo de la esencia humana se mantiene constante en cualquier valor que se afirme como absoluto. Descartes puede dar un ejemplo claro de lo que quiero decir con su "Cogito, ergo sum". De este punto de arranque construye su sistema de un modo sugestivo, sin embargo inmediatamente viene superado por los empiristas ingleses y por los racionalistas alemanes. Y todos de un punto lógico y racional. Ninguno afirmaba tener no razón al publicar su sistema. Todos tienen pretensión de cambiar el curso del mundo con la concretización de sus propios pensamientos. El mismo Kant que analiza el modo de conocer el sujeto tiene las mismas pretensiones de los demás filósofos anteriores y posteriores: iniciar un nuevo curso en el mundo. No es de tomarse esta afirmación de un modo váli-

do para todos los pormenores, pero es fácil experimentarla en el transcurso de un estudio de historia de la filosofía. El problema del punto de partida, sin embargo, permanece vivo a medida que nos lanzamos al ataque del conocimiento humano. Un análisis introspectivo del yo pensante en su actuación es un medio apto, pero inmediatamente nos preguntamos quién nos da la garantía que el yo pensante como existente no es una mera sugestión causada por el deseo que tenemos de hacer algo duradero. Constantemente a todas las posiciones que tome el sujeto para empezar su ciencia agotadora de la naturaleza humana en sus líneas operativas, se levantan muchas preguntas contradictorias que exigen un fundamento exigido por la misma naturaleza sin contar con suposiciones y presupuestos. Nadie quiere admitir un presupuesto, ni aún los presupuestos necesarios exigidos por la esencia de las cosas. Todo sujeto que se ve obligado por la lógica de otros experimenta la conciencia viva de la rebelión si es que se imagina que tal lógica contradice su libertad a elegir lo que le convenga. Todavía hay un nivel de conciencia en donde la necesidad se confunde con la libertad y en donde el entendimiento no exige sino la aceptación de la voluntad. Es el nivel de fondo y profundidad que dijimos será tratado más adelante. Como anticipación podemos decir que el hombre que se actúa en plenitud de deseo no puede

tender hacia otra parte sino permanecer en la posesión de lo actuado. Mi punto de partida no será descubierto al desnudo de sus condiciones porque entonces se convertiría en desperdicios de la ignorancia.

El defecto a que están sometidos los diversos intentos de filosofar es el querer explicar con sus propias categorías el universo de los hombres. En un principio la verdad era universal, inmutable, ahistórica, objetiva. Hoy la verdad es singular, mutable, histórica, subjetiva. Los términos no solamente son contrarios sino contradictorios. Con el análisis del lenguaje hecho por los lógicos positivistas se mostrará que los dos no pueden ser ciertos, al menos si aún no se han introducidos grados nuevos de educación que puedan sistematizar las contradicciones. Para los filósofos históricos no existe dificultad en interpretar la verdad universal y objetiva como un momento histórico necesario en el desarrollo de la humanidad. Las razones que darán para explicar tales afirmaciones serán de ambientación histórica-sociológica, religiosa, etc. Pero no se darán cuenta del modo como ellos conocieron la verdad de tales afirmaciones históricas. Una argumentación rigurosa que los conduzca a contradicciones dentro de su sistema no será aceptada porque tienen y no tienen confianza en la argumentación puramente silogística. Sin temor de engañarse afirman que

hay verdades para cada tiempo y que el mundo es inteligible e ininteligible, absoluto y relativo, intuitivo y discursivo. No se preocupan de fundamentar sus afirmaciones en toda la línea porque ellas encuentran consistencias en el yo que piensa y ama. Pueden afirmar que todo es relativo y al hacerseles ver que tal afirmación es absoluta, niegan el valor de la razón a descubrir algo que no se pueda experimentar y tal absoluto por desgracia no es experimentable. Al hacerles entender que usan el modo discursivo para explicar sus intuiciones se quejan de que la desgracia del hombre es hablar. Ellos se fundamentan y no se fundamentan porque aún no se han dado cuenta del modo de entender. A tal nivel de conciencia ningún punto de partida satisficará. Son libres en la determinación de su conciencia y ésta la conduce al arbitrio de su deseo de no entender todo lo que se puede entender. Con tales individuos que niegan su propia posibilidad también se puede tratar al nivel de su propia conciencia que conoce de conocer cuando afirma y sabe de engaños cuando miente, pero éste no es trabajo del libro el de convertir al que no quiere. El punto de partida absoluto, irrefutable para cada filósofo será válido en cuanto es generado en su propio ser y en él se encuentra fundamentado. El camino que indique tal actuación de un modo simple y hasta cierto punto mágico no se encuentra. (El hombre

asume en tales pretensiones el olvido completo de su propia estructura, que se genera en deseo, en conciencia y lenguaje).

Se puede encontrar así un método válido para comenzar la ciencia del hombre en la medida en que la diferenciación de la conciencia del filósofo sea común a la de sus contemporáneos, pero este método será válido para sus contemporáneos solamente y no se hará universal porque no lo había hecho consciente en su estructuración conceptual. Sin embargo si el método que fundamenta la metafísica es el último grado de presencia al cual puede llegar el individuo en toda la rigurosidad de la expresión entonces, allí se fundamentará la ciencia válida para los hombres que agoten la eficacia de su naturaleza. En líneas hemos anticipado cómo el punto de partida pueda depender del grado de diferenciación de la conciencia del sujeto que piensa y ama. Evitaremos así empezar por lo más obvio que es el punto de partida irrefutable, porque éste de existir solamente en un grado privilegiado de conciencia o de presencia del acto inclusivo del hombre.

El punto de partida es el tomado de un modo libre dependiente de la actuación a la cual he llegado, será el de ir explicitando las categorías que determinan todo acto puro del hombre. Acto puro del hombre se entenderá el que se desnuda el proceso sensible y es de tal gé-

nero que solamente se puede precisar mediante una experiencia interna. Es el famoso Eureka de Arquímedes que lo libró de muchas dificultades con el Rey. Es el acto que lanza un carpintero cuando descubre el modo de hacer un mueble del modo más simple y con el menor trabajo. Es el acto que realiza la mamá de un modo espontáneo al precisar la enfermedad del pequeño. Incluye todos los niveles posibles de diferenciación de conciencia. Desde el momento que el niño empieza a hablar se manifiesta la riqueza que iba almacenando en sus largas horas de sonrisas y de juegos. En el niño la conciencia está perdida en la confusión de los actos concientes que se imprimen en su ser de un modo imborrable. No sería bueno confundir todos estos actos de la infancia como almacenados en el subconsciente porque aquéllos, según Freud intervienen en todas las actuaciones posteriores del hombre sin que éste se dé cuenta de tales presiones traumáticas. Todavía puede ser que en análisis posteriores lleguemos a identificarlas y a sistematizarlas como actos del hombre consciente pero no auto conscientes en su puridad actual. El problema nuestro se encuadra dentro del ámbito de la actividad pura del hombre, como actuación de su realidad de hombre, realidad que actúa en toda su complejidad desde el momento de la primera conciencia. El hombre puede vivir constantemente rea-

lizando actos de hombres sin darse cuenta de tal realidad. A tal realidad específicamente sólo se llega mediante la explicitación conveniente de la naturaleza humana en todas sus complejidades, pero la no-explicitación no niega la presencia de tales actuaciones conscientes. Conciencia en este sentido es la fuerza interna del sujeto humano que lo constituye como sujeto. Aunque verdaderamente conciencia se puede confundir fácilmente con el darse cuenta de algo. (NB. Con esta constatación afirmada empieza y se desarrolla todo el sistema de Sartre. Es su premisa base fundamental, sostenida por el aparato lógico discursivo que con habilidad sabe precisar términos de fácil constatación. Es el In se y el per se que los realiza en contextos muy diversos de donde se originaron).

Conciencia como fuerza interna del hombre que lo constituye como individualidad separada de los otros y estructurada en sí mismo como un todo invisible. Es necesario notar que la separación de los otros se da como un punto de partida para la misma conciencia en su desarrollo. Es el darse cuenta que él es un sujeto envuelto en el mundo. La conciencia no es darse cuenta de un otro, sino el experimentarse a sí mismo como un idéntico. Es un momento que se desliza en el momento subsiguiente a la actuación pero que permanece a lo largo de toda actuación.

La categoría de conciencia es de suma importancia porque es aquélla que establece toda categoría y sin la cual no se pudiera ni pensar. Es una categoría super categorial no categorizable, pero no trascendental. Es una "categoría" que hace falta aferrar en sus líneas fundamentales si queremos hablar del ser del hombre. Para hablar del ser de las cosas como lo hace la ciencia, no importa su conocimiento explícito y conceptualmente estructurado. Se puede prescindir de la conciencia en toda investigación científica como algo sobre lo cual ni siquiera se imagina preguntar. Desde el momento que preguntamos sobre el hombre o la conciencia, desaparece el ser de las cosas propio de la ciencia y nos zambuimos en el lago de la ciencia del hombre y del ser que fundamenta todas las preguntas científicas. Toda pregunta científica se desarrolla en dos momentos. Primero en un momento descriptivo cuando pone la conciencia en relación inmediata con los sentidos que tocan, ven, imaginan y presentan una multiplicidad para ser entendidas. Y un momento explicativo cuando ponen las multiplicidades en sus relaciones unitarias entre sí. Notamos entonces que la conciencia sólo entra como el instrumento del cual no servimos para apoderarnos del ser de las cosas y del mundo natural que nos circunda.

En cambio la conciencia de la cual tratamos es la pregunta

consciente hecha sobre la propia conciencia y no ya sobre el contenido que la considera como instrumento, tal como hemos entendido que sucede en la ciencia.

La conciencia no se puede entender separada del ejercicio del hombre que se interesa con este nuevo preguntar sobre su propia realidad. Es lo mismo que sucede con la conciencia que no pregunta sino sobre lo que se puede verificar con la experiencia de los sentidos y de los instrumentos grandemente especializados.

Pero la conciencia por sí sola no se justifica y solamente aparece como motivo de la pregunta cuando surge el deseo de hacerla luminosa en el mismo ejercicio del hombre. El deseo sobre el preguntar de la conciencia es anticipativo a toda actuación y correlativo a todo ejercicio. Es un deseo que acompaña al filósofo que se introduce en la búsqueda de tales deseos. El deseo no se anticipa sino que se desvela en toda conciencia que se dirige a un campo más bien que a un otro. El deseo es un movimiento que se desenvuelve en el desvelamiento de una realidad antes desconocida. El olvido del deseo como uno de los elementos de la metafísica desorienta a los incipientes y aún a los aprovechados al darse cuenta de la innumerable cantidad de sistemas y tendencias pseudo-filosóficas. El deseo constituye la filosofía como también sus

contenidos que son las pseudofilosofías. La clarificación del deseo nos puede abrir los nuevos horizontes para comprender el complejo misterio del hombre perdido en la acción, en el placer y en el amor de sí mismo o de los otros. La ligazón del deseo, como determinante de la orientación de la conciencia con la misma luminosidad de la conciencia, como fuerza totalizadora de la individualidad, podrán señalar los predicamentos o categorías de la filosofía. El deseo se descubre en el momento subsiguiente en el cual se toma conciencia de la propia conciencia. El científico que en su oficio se preocupa del contenido que experimenta sensiblemente, digamos que no se ocupa de la conciencia ni pretende meterla en sus doctrinas, así tampoco se preocupará del deseo como algo que no le toca. Toda la expresión del científico no tiene cuenta de la multiplicidad de hombres a quien va dirigida pues está segura que sus experimentos le dan validez a sus afirmaciones. El lenguaje de la ciencia, especializado y lleno de términos que sólo el que se pone a estudiarlos llega a entenderlos. Estas nuevas categorías no científicas como son el deseo y la conciencia escapan también del lenguaje especializado en sus determinaciones finales, pues ellas son las verdaderas especialistas de la nueva filosofía. El camino que conduce a su recta inteligencia es el del ejercicio inma-

nentemente generado; que sí se puede expresar de modo inteligible para todos con tal que se pongan en el mismo nivel de conciencia, que como dijimos, no puede actuarse sino en presencia del deseo que pregunta por la posición del hombre frente al conocimiento vulgar o científico.

Ante tales consideraciones podemos preguntar por qué la filosofía aún no se pone de acuerdo como lo hizo la ciencia desde hace mucho tiempo, ni en el lenguaje, ni en el método, ni en las categorías que usa, ni en el modo de resolver sus problemas. Es la única ciencia que deja de ser ciencia cada vez que surge un nuevo filósofo en la historia del pensamiento, que comienza destruyendo todo lo anterior para empezar desde los cimientos. Todavía cada nuevo filósofo que surge con su nueva filosofía estructura de un modo inconsciente su pseudofilosofía dentro de las perspectivas de la "filosofía". La tarea que pertenece al filósofo del deseo y de la conciencia es un trabajo ingente porque ha sido preparado por la historia en sus variantes más discordes. Todavía el hecho de las variaciones en la filosofía se pueden determinar por el modo de preguntar sobre la realidad del hombre, sobre la realidad de las cosas y sobre la realidad del ser.

Por ejemplo toda la crítica de Aristóteles a los filósofos naturales, matemáticos, platónicos se

encierran dentro de la insuficiencia en su nueva perspectiva de coherente vigilador de las cuatro causas supo determinar de modo admirable y hasta hoy inimitable el estudio de las cuatro causas en la verdad de las cosas. El grado de conciencia de Aristóteles estuvo desvelando la pregunta fundamental hecha sobre las cosas ayudado como era del puro deseo de la ciencia primera, del deseo de la verdad. Todavía Aristóteles no hizo la pregunta desnuda sobre la conciencia y así no hizo la filosofía del hombre, sino la filosofía de las cosas que se clarifican ante el ser del hombre. No pretendo decir que se equivocó al tomar como absoluto su ciencia primera prescindiendo del hombre, pues el hombre en Aristóteles interviene clarificándose e iluminándose en las cosas. Cosas que por otra parte en la metafísica son las actuaciones del ser del hombre. (más adelante trataremos más específicamente la cosa en los diferentes modos de atacar la realidad). Aristóteles con su clara facilidad de distinguir supo separar las diversas ciencias que miran la perfección del hombre en su actividad y por tal diferenciación de conciencia pronto dejó de ser entendido por la historia del pensamiento, que era obligada a tener conciencia de los pasos que conducían al desarrollo completo de la realidad humana. Sin embargo, Aristóteles en la crítica de los filósofos anteriores no supo superar de un modo consciente

la realidad de las cuatro causas metiéndolas en el contexto humano y en el ejercicio de la propia conciencia diferenciada. El estudioso que quiera descubrir la conciencia y el deseo en forma estructurada en Aristóteles quedará decepcionado pero él, a partir del recto entendimiento de Aristóteles está capacitado para estructurarlas. El interés de fondo de Aristóteles era el ser de las cosas proporcionadas al hombre, es decir, del ente. En tal interés de fondo se fundamenta Heidegger para afirmar de un modo bastante original el olvido del ser. (N.B. Para Heidegger el ser es la inmediata relación que surge al hacerse la pregunta que abandona el contenido natural del conocimiento científico. Es el momento en el cual el hombre se experimenta como pura nulidad y está dispuesto a desvelar las membranas del ser.). No es la filosofía de la nada, sino la filosofía que se esconde en la nada de aquéllo que ha venido negando. Con esta crítica de Heidegger el mirador del filósofo gira media circunferencia y aparece otra faz luminosa abierta al conocimiento del hombre. Otra pseudofilosofía se manifiesta en sus primeros pasos con todas las pretensiones y causas. Si ponemos a Aristóteles frente a Heidegger, él podría decir que Heidegger se olvidó de las cuatro causas.

El maestro de Heidegger, Hegel, nos puede ayudar mucho más en el círculo que debemos

trazar provisoriamente como punto de base para el desarrollo posterior de las categorías propias de la "Filosofía". Pero Hegel nos conduce brevemente a Kant. Con Kant la filosofía toma conciencia de un modo sistemático de la verdad escondida en la cosa, de la adecuación de la cosa al sujeto y no más, de la **adecuación del sujeto a la cosa**. El elemento puesto por el hombre se levanta como la verdad de la conciencia que viene a ser elaborada explícitamente con Hegel. En Hegel vemos que la verdad de la conciencia se identifica con el absoluto en perfecta identidad. (CF: El capítulo de la crítica a la introducción de la fenomenología del Espíritu).

Pero el tal Espíritu hegeliano se olvida del largo itinerario recorrido sobre todo, desde el momento en el cual aparece como el primer esbozo de realidad, es decir, en el momento de la negación del saber fenoménico o aparente. Se olvida completamente de la verdad del ente expresada por Aristóteles. Sin embargo expresa de un modo formidable, la verdad de la conciencia humana en su desarrollo progresivo mostrando el nuevo método de explotar las riquezas del corazón del hombre. Con Hegel el círculo de la filosofía avanza a pasos agigantados hacia el vértice de unión pero con todo no deja de ser una pseudofilosofía. Regresando a Heidegger, en el punto mismo en el

cual Hegel se arranca de Aristóteles y se pone en contacto luminoso con la verdad del ser en este mismo contacto inmediato surge la filosofía del Dasein, del Ex-sistenz, etc. Las conclusiones de Heidegger, se pierden en el volumen inconmensurable que cierra el círculo de la "Filosofía".

Pero aún el círculo de la filosofía individualista no ha sido cerrado sin la unión entre Hegel y Aristóteles. Podríamos decir que Lonergan ha extendido sus brazos para conciliar a sus dos maestros examinando la metafísica de las cosas de Aristóteles con la metafísica de la conciencia de Hegel. Ha hecho la unión de lo que parecía inconciliable. Ha unido lo que se dice realismo con el llamado idealismo. Ha examinado el ente con la conciencia. A sistematizado el apriori con el aposteriori. A saldado el círculo de la filosofía individualista en su perímetro. Ha terminado de cubrir la pulpa de la vida con la cáscara de los esquemas intelectuales. Lonergan ha sido un recogedor de lo válido de las pseudofilosofía, ha sido un ecléctico en su significación próxima y no en la significación histórica.

Pero todo lo dicho no resuelve las contradicciones ingentes que se encuentran en la historia de todos los hombres que han pensado siguiendo las normas de un Aristóteles, de un Platón, de un Kant o de un Hegel. Todos los hombres tienen la conciencia

que les facilita la unificación del propio ser y el deseo que dirigirá la conciencia hacia la determinación de un modo de vida especializado.

La introducción al método de la metafísica pretende delinear las categorías fundamentales de la realidad humana en el complejo mundo de la historia del pensamiento filosófico, científico y vulgar.

El verdadero horizonte que se le presenta a la filosofía de hoy ya no será la de determinar la verdad de las cosas o de los entes sino el del estudiar el esfuerzo que se ha realizado para determinarla, para poder perfeccionarla o aceptarla. No será tampoco el horizonte de la "Filosofía" el de determinar la verdad de la conciencia sino el del aprovecharse de todo lo que se ha experimentado y expresado para verificarlo o superarlo. Ni siquiera el horizonte de la filosofía será el perderse en la determinación de la verdad del ser y permanecer en un eterno éxtasis de misterio y de descubrimiento de la nulidad del ente, sino el de determinar las relaciones fundamentales entre el ser y el ser del hombre expresado en términos de ente.

El horizonte de la filosofía es el horizonte de la esencia humana llevada a estructuración en conciencia y en deseo. Tal estructuración del horizonte de la filosofía u horizonte del ser del hombre constituye el último

gran predicamento que es el lenguaje. Lenguaje que no será confundido con las palabras, ni con la ligazón entre las palabras, ni con los silogismos, ni con el discurso. Lenguaje que es tanto lo actuado en objetividad científica como lo atematizado en tal actuación. Lenguaje que encierra el momento terminal de un deseo actuado con el ejercitarse de la conciencia. Lenguaje que es lo experimentado como lo que deberá experimentarse. En el lenguaje se esconderá la conciencia y el deseo. Cada expresión llegará a ser lenguaje cuando se clarifique en su esencia el ejercicio del desarrollo del hombre. El lenguaje se podrá categorizar en infinitas categorías de acuerdo con el deseo que esté informado y de acuerdo con la conciencia que lo ha realizado. El poeta y el artista, el matemático y el físico, el político y el revolucionario podrá realizarse en su lenguaje definido su conciencia y su deseo. El filósofo de la "Filosofía" podrá conocer en su intimidad el deseo y la conciencia de aquél que habla y escribe. Todavía el lenguaje no es solamente la separación del ejercicio y la llegada a una estaticidad, el lenguaje no se puede concebir sin trabajo, sin pensamiento, sin deseo y sin conciencia. Del lenguaje todos estarán dispuestos a criticar. Todos se sentirán aptos para ridiculizarlo pero sólo pocos estarán dispuestos a comprender, pocos y éstos serán los filósofos de las tres categorías

Cada crítica que se haga contra la "Filosofía" será interpretada por el que maneje el horizonte de la esencia del hombre y esta interpretación podrá realizarse porque todo ataque se expresa en el ejercicio de un deseo y en la actuación de una conciencia.

No se debe pensar que solamente los que manejen estas categorías de modo conceptual son los que se incluyen dentro de este grupo reducido de personas, sino todos aquellos que saben comprender y luchar, juzgar y transformar. Todo aquél que niega sin justificar sus negaciones queda excluido del nombre de filósofo. Todo aquél que usa presupuestos sistemáticos para condenar aún no conoce la realidad de sus afirmaciones ni el sustento interior de su propia actividad intelectual.

Al inicio escribí que para el filósofo no existe el error sino el grado de diferenciación de conciencia. Añado que el error es apropiado para señalar al que está inmerso en las condiciones que no logra percibir por que no tiene el deseo que se las presente como existentes en tal modo de juzgar. De aquí el valor de la historia en el desarrollo de toda filosofía. La historia nos despertará deseos dormidos, nos actuará modos de conciencia desconocidos y nos proyectará a lenguajes nunca imaginados. La filosofía se abre como horizonte agotador y superador de la propia esencia del hombre.

Tendencias actuales de la fecundidad y diferenciales en Panamá

Introducción:

Las actividades de investigación en el campo de la fecundidad humana en Panamá han sido limitadas a causa de diversos factores, entre los cuales sobresale la falta de información estadística detallada y fidedigna. En lo concerniente al aspecto demográfico de la fecundidad panameña, debe señalarse que los principales elementos para abordar su estudio se originan básicamente en el registro civil de los hechos vitales. Al respecto, vale la pena señalar, de paso que al parecer las estadísticas de nacimientos derivados del registro han mejorado sustancialmente su integridad en los últimos años y ello permite calcular importantes tasas con un gra-

do de aproximación que puede considerarse aceptable. Esta aseveración es particularmente pertinente a los años de la pasada década. (1) Otra fuente útil para obtener aproximaciones de la intensidad del fenómeno lo constituye los relevamientos censales que hacen posible el examen de la distribución de la población según la edad y por medio de ella, de indicadores como la proporción de menores de 15 años de edad en la población total, razón de fecundidad (relación de menores de 5 años de edad a mujeres en edad de procrear) y con la ayuda de tablas de mortalidad permite el cálculo del Índice de Reemplazo de Thompson. Es necesario añadir que en el caso de los censos de población efectua-

(1) Desde 1960 los Anuarios de Demografía de Naciones Unidas le asignan la calificación C, o sea que presupone una integridad de 90 o/o o más.

dos en Panamá, aparte del uso de la estructura por edad fue posible obtener en 1950 información sobre fecundidad femenina con base en la pregunta que el Censo de ese año formuló acerca del número de hijos nacidos vivos tenidos por las mujeres de 12 años de edad en adelante, cualquiera que fuese su estado conyugal. Igual tipo de pregunta a mujeres de 15 años y más de edad se incluyó en el cuestionario del Censo de Población levantado el 10 de mayo de 1970, además de otra dirigida a mujeres de 15 a 50 años de edad sobre el número de nacimientos vivos tenidos en los 12 meses inmediatamente anteriores al Censo. Una tercera fuente de información lo serían encuestas diseñadas para estudiar específicamente la fecundidad. Investigaciones de ese tipo sólo se han intentado en la Ciudad de Panamá. (2) Ellas han revelado la posibilidad de realizar estudios semejantes con mayor profundidad y de extenderlos a otras áreas geográficas. Finalmente debe mencionarse las Encuestas de Hogares que realiza la Dirección de población menor de 15 años respecto al total de habitantes se ha mantenido desde el año de 1920 por arriba del 40 o/o. Este solo hecho es fiel reflejo de las tendencias pasadas de la fecundidad panameña que parece no haber

registrado a nivel nacional transformaciones de importancia en el curso del Siglo Veinte. Para fechas más recientes, vale decir, la Estadística y Censo de la Contraloría General de la República desde 1963 como otro elemento generador de datos básicos para conocer algunos aspectos importantes de la fecundidad de Panamá. Es justamente con base en esta última fuente citada que se intentará más adelante destacar algunos diferenciales de fecundidad.

Tendencias:

Cualquiera que sea la medida de fecundidad que se utilice para detectar cambios en la intensidad de este fenómeno a través del tiempo en Panamá se podrá comprobar, además de un nivel alto, su relativa estabilidad. Por ejemplo, la importancia relativa de la década de los años 60, las informaciones emanadas del registro civil de las personas ponen de relieve también, -a través de medidas clásicas de fecundidad, que la intensidad de esta variable casi no ha experimentado cambio alguno, aunque se observa en los últimos años una muy ligera variación negativa que aún parecería insuficiente para elaborar conjeturas acerca de la evolución inmediata.

(2) En 1964 se realizó la Encuesta de Fecundidad como parte del Programa de Encuestas Comparativas de Fecundidad en América Latina promovido por el Centro Latinoamericano de Demografía. También con la participación del mencionado Centro fue levantada entre 1967 y 1968 la Encuesta sobre Aborto Inducido y Uso de Anticonceptivos, cuyo cuestionario incluyó una Historia de Embarazos que habrá de proporcionar información útil para el estudio de la fecundidad de la Ciudad de Panamá.

Cuadro 1.—

TASAS DE NATALIDAD DE PANAMA:
AÑOS 1960—1969

Año	Tasa	Año	Tasa
1969	38.8	1964	39.0
1968	39.0	1963	39.5
1967	38.9	1962	40.2
1966	39.0	1961	39.5
1965	38.5	1960	39.2

- (a) Las tasas se basan en estimaciones de población que contemplan la cifra preliminar del Censo de 1970 y no tienen ajuste alguno por omisión en el numerador ni en el denominador. A partir de 1966 los nacimientos de la población indígena (alrededor de 62,000 habitantes en 1960) son considerados en el numerador de la tasa. Antes de ese año sólo se incluían los de dos provincias que tenían el 30 o/o de la población indígena.

Sin embargo, las cifras consignadas en el cuadro anterior están obviamente afectadas por errores de omisión, que acaso son más importantes en el caso de los nacimientos. El simple hecho de atribuir, por ejemplo, una tasa de natalidad de 50 por mil a la población indígena significaría que la cantidad de nacimientos contemplados en la tasa de 1960 estaría omitida en un 7 o/o. Si se adopta el supuesto de que la omisión de los nacimientos vivos en

la población es el orden de 10 o/o en 1960 y de 5 o/o en 1968 (ya en este año el registro de los nacimientos de la población indígena se aproxima al 50 o/o) es posible elaborar una serie que combinada con estimaciones de población corregidas por sub-enumeración censal (2 a 3 o/o) produce tasas que implican una disminución de la natalidad de dos puntos entre 1960 y 1969.

Cuadro 2.—

TASAS CORREGIDAS DE NATALIDAD DE PANAMA:
AÑOS 1960—1969

Año	Tasa	Año	Tasa
1969	39.8	1964	41.3
1968	40.1	1963	41.5
1967	40.4	1962	41.7
1966	40.7	1961	41.9
1965	41.0	1960	42.1

Otras medidas como la tasa de fecundidad general (TFG), tasa de fecundidad total (TFT) y la misma tasa bruta de reproducción (R') registran también leves disminuciones entre 1960 y 1968.

40 a 44 años, si bien cobra importancia la posibilidad de la influencia de errores no debe destacarse el efecto de esterilizaciones practicadas con fines electorales alrededor del año 1960 (año electoral) en mujeres de 30 años y

Cuadro 3.--

**TASAS DE FECUNDIDAD FEMENINA DE PANAMA:
AÑOS 1960 Y 1968**

Edad	Tasa específica de fecundidad		Cambio en las tasas	
	1968	1960	Absolutas	Relativas
15-19	148.0	152.9	- 4.9	- 3.2
20-24	317.4	311.2	- 6.2	- 2.0
25-29	278.2	288.9	-10.7	- 3.8
30-34	201.3	204.4	- 3.1	- 1.5
35-39	131.9	134.1	- 2.2	- 1.6
40-44	45.6	54.3	- 8.7	-16.0
45-49	9.6	9.3	- 0.3	- 3.2
T.F.G.	183.5	186.5	- 3.0	- 1.6
T.F.T.	5.66	5.78	- 0.12	- 2.1
R'	2.76	2.82	- 0.06	- 2.1

Aún reconociendo la posibilidad de que la calidad de los datos utilizados sean causa de distorsiones en las tasas que figuran en el Cuadro 3, resulta de interés señalar que entre 1960 y 1968 la tasa de nupcialidad de mujeres no casadas varió de 13.6 a 19.0 por mil. Este incremento anuado a la edad media al tener el primer hijo (21 años) acaso añada luz al aparente aumento de la tasa específica de fecundidad del grupo de mujeres de 20 a 24 años de edad. En cuanto a la significativa disminución que muestra el grupo de

más especialmente en pueblos rurales.

El juego de tasas específicas de fecundidad de 1960 permite calcular una aproximación al intervalo medio entre dos generaciones al establecer la relación de los momentos de orden 1 y de orden 0 de la función de fecundidad. Es interesante señalar que la edad,(s) calculada así asciende a 28 años y coincide con el intervalo medio entre dos generaciones que se calcula mediante la relación: $R = e^{T \cdot r}$ en la cual R

equivale a la tasa neta de reproducción, e corresponde a la base de los logaritmos neperianos, T es el intervalo medio entre dos generaciones y r es la tasa de incremento.

Con base en las tasas de fecundidad por edad de 1960 y las probabilidades de supervivencia correspondientes a la población femenina en el mismo año fue posible estimar la tasa neta de reproducción (R) en 2.32, (3) que apenas es distinta al Índice de Reemplazo de Thompson que adquirió el valor de 2.35. Para este último se usaron los valores de población "real" y estacionaria de las Tablas de Mortalidad de 1960-1961, correspondientes a los grupos de edad 0-4 y 20-39, ya que se procuró que la diferencia entre las edades medias de tales grupos se aproximaran a la estimación del intervalo medio entre dos generaciones.

Mediante la fórmula aproximada: $R - R' p(s)$ se estimó la tasa

netamente de reproducción de 1968 en 2.28 al considerar el valor de la probabilidad de sobrevivir hasta la edad de 28 años - $p(s)$ - de la tabla ya citada. Es evidente que esta estimación variaría ligera, pero positivamente si pudiera considerarse la disminución de la mortalidad entre 1960 y 1968.

De cualquier modo, las estimaciones presentadas constituyen evidencias del relativamente alto nivel de fecundidad de Panamá y proporciona indicios acerca del posible comienzo de un proceso de disminución de la fecundidad. Si se tiene en cuenta que el conocimiento y uso de métodos anticonceptivos creció durante la década de los años 60, especialmente en el último lustro, (4) y si se observa el progreso alcanzado en algunos aspectos socio-económicos podría pensarse que Panamá acaso ha entrado en la "zona umbral" que caracteriza a la transición de una alta fecundidad a una más baja. (5)

- (3) Se usaron los valores de la tabla completa de mortalidad femenina pública por la Dirección de Estadística y Censo de la Contraloría General de la República de Panamá. "Tablas de Mortalidad de la República de Panamá; Años 1960 1961, ESTADISTICA PANAMEÑA (Suplemento), 1966.
- (4) Véase el "Informe de la Encuesta de Fecundidad de la Ciudad de Panamá" en ESTADISTICA PANAMEÑA (Suplemento) Año 1966 y "La Contribución de la Asociación Panameña para el Planeamiento de la Familia (APLAFA) al Desarrollo de Panamá" (Doctor Julio A. Lavergne), Octubre de 1969. (Impreso a mimeógrafo).
- (5) El Producto Interno Bruto per cápita aumento en 43 o/o entre 1960 y 1968 y en este último año ascendía a 562 Balboas. La población activa no agrícola representaba el 60 o/o en 1967. Los adultos de 20 años y más de edad sin instrucción disminuyó de 26 o/o en 1960 a 19 o/o en 1967 y según cifra preliminar del Censo de 1970, dos de cada cinco personas viven en localidades de 20,000 habitantes y más. Algunos aspectos vinculados a la hipótesis "del umbral" pueden examinarse en: "Boletín de Población de las Naciones Unidas, No. 7-1963 con especial referencia a la situación y las tendencias de la fecundidad en el mundo."

Diferenciales:

La prevalencia de relativamente bajos niveles de fecundidad o la tendencia hacia la disminución de la misma son fenómenos que suelen presentarse asociados recíprocamente con variados aspectos indicadores de progreso socio-económico. Así mismo, de modo general la reducción de la fecundidad se produce después de descensos previos de la mortalidad. Dado que las ganancias en la reducción de la mortalidad, cuando ésta es elevada, son a menudo más importantes en las primeras edades de la vida crece la probabilidad de que sobrevivan más personas que aseguran la continuidad del género humano y los progenitores al percatarse de que le sobreviven más hijos no advierten ventaja alguna en tener un alto número de ellos. Este esquema de comportamiento, al producirse correlacionado con otras variables, parece tardar en manifestarse en los casos de muchos de nuestros países latino-americanos, cuya mortalidad viene disminuyendo como consecuencia de la importación y aplicación de innovaciones externas sin que se produzca el nivel apropiado las transformaciones internas relacionadas con el proceso de el desarrollo económico. Ello parece explicar, al menos en el

caso de Panamá, la persistencia de altos niveles de fecundidad pese a que el grado de urbanización varió de 33,8 o/o en 1940 a 46 o/o en 1970; la población de 20 años y más de edad sin instrucción disminuyó de 39 o/o en 1940 hasta 19 o/o en 1967 y la mortalidad infantil declinó conforme a cifras oficiales no corregidas de 56.9 por mil en 1960 a 38.7 en 1969. (6) No debe descartarse, por otra parte, la posibilidad de que campañas masivas de anticoncepción tengan en la fecundidad el efecto que sobre la mortalidad tuvieron medidas tales como vacunaciones contra la viruela, difteria, etc., sin que necesariamente ocurran cambios paralelos en la estructura socio-económica. No obstante, hay razones para creer que la motivación, aceptación y práctica en el campo de la anticoncepción estarán asociados en algún grado a los factores diferenciales conocidos.

En Panamá, como en otras partes del mundo, las capas sociales más favorecidas por el ingreso y la educación han sido las que teniendo más fácil acceso al conocimiento y práctica de la anticoncepción han podido ajustar más el tamaño de sus familias a sus ideales. Estas posibilidades de vincularse a la economía monetaria a través de un ingreso en dinero y al conocimiento mediante la

(6) Ya en 1968 la mortalidad neonatal era prácticamente igual a la post-neonatal y en las áreas urbanizadas las causas endógenas de defunción de menores de 1 años superaban a las exógenas desde antes de 1960.

educación formal en sus distintos ciclos y a través de modernos medios de información han estado tradicionalmente limitadas a los principales centros urbanos del país. De este modo, tanto la prolongación de la escolaridad, como la participación activa en la vida económica se constituyen en factores que afectan el nivel de fecundidad de la mujer urbana retardando la edad matrimonial y moldeando actitudes que favorecen una procreación menor, armonizada con aspiraciones y necesidades de bienestar. Aparte de las variables señaladas, que apenas son dos de una amplia gama de ellas, cabría añadir como factor de diferenciación especial por su efecto, a los distintos niveles de salud. En realidad, acaso el efecto acumulado del factor salud ha podido compensar disminuciones de fecundidad en algunos grupos al influir en algunos daños asociados a problemas de esterilidad y/o de infertilidad. Así, la posibilidad de combatir por medio de antibióticos infecciones como gonorrea capaces de producir vaginitis y salpingitis, el tratamiento de trastornos hormonales y de neoplasias constituyen elementos que han podido aumentar la capacidad fisiológica de procrear anulando efectos contrarios resultantes de un com-

portamiento combatible en el propósito de regular la fecundidad.

El examen de las diferencias de fecundidad entre distintos grupos de población puede intentarse en Panamá en forma muy limitada al nivel nacional, pese a que las fuentes estadísticas señaladas al principio de este documento han mejorado sustancialmente en los últimos años. De las Estadísticas Vitales, por ejemplo, es posible estimar para 1969 una tasa de natalidad urbana de 35.1 por mil en comparación con la rural de 43.7. También con una reserva algo mayor puede estimarse a 1968 una tasa bruta de reproducción urbana de 2.16 y la rural de 3.37. Aún cuando ya tales cifras son reveladoras de claras diferencias de fecundidad de las poblaciones urbanas y rurales de Panamá, parece de interés presentar algunos diferenciales que surgen del análisis de datos producidos por Encuestas de hogares que distinguen dos sectores de estudio: Area Metropolitana e Interior. (7) De conformidad con los datos del año 1969 los promedios de hijos nacidos vivos por mujeres de edad fértil son los siguientes:

(7) El Area Metropolitana abarca 10 municipios próximos a la vía interoceánica y tienen como centros de influencia a las ciudades de Panama y Colón, cuya población representa alrededor de 75 o/o de la población urbana total.

Lugar	No. de nacidos vivos
República	2.91
Area Metropolitana (AM)	2.36
Ciudades de Panamá y Colón	2.08
Resto del A.M.	3.52
Interior	3.48
Parte Urbana	2.65
Parte Rural	3.73

Estas cifras parecen muy elocuentes en cuanto a la asociación entre ruralidad y más alta fecundidad. Puede observarse que la sección más rural del Interior del país presenta el promedio más alto, siguiéndole el resto del Area Metropolitana, que es preponderante rural, luego la parte urbana del Interior y finalmente, como cabe esperar, el conjunto de las dos principales urbes panameñas registran la menor fecundidad. En esta situación están influyendo, sin duda las distintas proporciones de mujeres casadas y unidas que hay en los conjuntos de mujeres en edad reproductiva de los sectores. En el Area Metropolitana esa población más expuesta al riesgo de embarazarse significa el 55 o/o en comparación con el 65 o/o en el interior. Tal como ha sido observado en otras investigaciones, existe una asociación negativa entre fecundidad y educación. La información de la Encuesta de 1969 señala al respecto la menor fecundidad en mujeres con algún año de enseñanza universitaria (1.46) superada sucesivamente por mujeres con enseñanza secundaria y primaria hasta

registrar el más alto valor (4.85) las mujeres con ningún grado aprobado.

En el caso del estado conyugal los resultados refutan la hipótesis de que en las formas estables de unión la fecundidad es mayor. Los datos según el estado conyugal son los siguientes: Casada: 3.99; Soltera: 0.97; Unida: 4.32; Viuda: 4.56; y Divorciada: 2.66.

No hay disponible información acerca de la edad media al casarse o al unirse consensualmente, pero el hecho de que la edad media de las mujeres unidas (31.2 años) sea menor que la de mujeres casadas (33.9 años) contribuye a señalar la existencia de una fecundidad más alta en las uniones de facto.

Otra información emanada de la Encuesta de Hogares de 1969 es la referente al porcentaje de mujeres de 50 años y más de edad que declararon no haber tenido nunca hijos. Esa cifra, que debiera constituir una especie de parámetro biológico presenta diferencias, aunque no significativas estadísticamente, según sea el lugar de residencia y el estado

conyugal, como puede apreciarse a continuación:

	Unida	Casada
Area Metropolitana	10.6	11.4
Interior	8.0	8.5

Finalmente resulta de interés señalar que con base en los datos del Area Metropolitana siguientes fue posible derivar estimaciones de tasas de fecundidad que con-

dujeron a una estimación de la tasa bruta de reproducción igual a 2.08.

Esta tasa de reproducción es igual a la que se calculó mediante el mismo procedimiento usado aquí, (8) para la Ciudad de Panamá en 1964. Tal vez este resultado estaría entonces señalando que en la ciudad Capital se ha acentuado recientemente la disminución de la fecundidad.

Edad	NV observado	NV ajustado	Edad Pivote	Tasa a la edad pivote	Tasa estimada gráficamente
15-19	0.19	0.19	20	186	92
20-24	1.12	1.12	25	310	274
25-29	2.67	2.67	30	210	270
30-34	3.72	3.72	35	124	174
35-39	4.34	4.34	40	72	94
40-44	4.47	4.70	45	24	48
45-49	3.89	4.82	—	—	12

(8) Corresponde al método propuesto por Frank Lorimer en la publicación de Naciones Unidas "Estimation of Fertility in Analysis of African Demographic Data as an Aid for Economic and Social Planning."

GIL BLAS TEJEIRA

Depuración de José Santos Chocano

A mi regreso de Lima tocóme tener por compañeros de viaje a un caballero peruano y a su esposa. Era una pareja ya senecta y aparentemente gente bien.

El inició la conversación. Iban a los Estados Unidos, con el fin de pasar una temporada al lado de sus nietos.

Me refirió el caballero peruano que el actual régimen de su país lo había expropiado, sin compensación alguna, unas minas de cobre.

El diálogo incurrió en el campo de la literatura. Yo exterioricé mi admiración por César Vallejo, a quien calificué como el mejor poeta peruano.

-Dispense, amigo- me dijo el limeño.- El mejor poeta peruano de todos los tiempos y el mejor de nuestra América después de Rubén Darío, es Santos Chocano.

No contradije a mi compañero de viaje, antes, acepté su juicio, parte por cortesía, parte porque me pareció digno de respeto.

En mis años mozos yo, como los más de mi generación devotos de la Gaya Ciencia, había sido admirador de José Santos Chocano. Después lo borré de la lista de mis predilectos por motivos éticos, que no estéticos.

Pocos liridas hispano-americanos lograron en vida la celebridad de que gozó el autor de *Alma América*. Su nombre se pronunció por mucho tiempo al lado del de Rubén. Como voz americana, túvose la suya como la más épica de todas.

Mas Santos Chocano fue un hombre odioso al par que odiado por los de mi generación. Representó un tipo de intelectual que le ha hecho mucho daño a Hispano-América: el del que quema incienso ante los tiranos y halaga su vanidad y proclividad a lo cruel.

Le oí referir a Guillermo Valencia que Chocano lo invitó a que lo acompañara a una visita que proyectaba hacer a Juan Vicente Gómez de quien el vate peruano era amigo.

-Yo decliné la invitación- explicó el autor de *Anarkos*. ¡Presentarme yo a la corte de Gómez y del brazo de Santos Chocano!

Cuando cayó Estrada Cabrera, el sombrío tirano de Guatemala, José Santos Chocano estaba entre sus cortesanos. El, Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo fueron apologistas del monstruo, a quien uno de ellos comparó con Pericles. Chocano estuvo a punto de ser pasado por las armas. El había aconsejado a su protector que mandara disparar la artillería de los cuarteles contra el pueblo reunido para exigir la cesación del sangriento mandato.

Toda la Hispanidad, inclusive Alfonso XIII, pidió el perdón del aedo aventurero e inescrupuloso. Vargas Vila, firmante de una petición de piedad a favor de Chocano, había de explicar más tarde en su unipersonal revista *Némesis*.

-Chocano había deshonrado cuanto de honorable encontró en su camino. Sólo el cadalso se había salvado de él. Yo no pedí que se salvara a Chocano del patíbulo, sino que se salvara al patíbulo de Chocano...

El poeta cortejó también a Pancho Villa, quien un día, sospechoso de sus veleidades, quiso fusilarlo. Chocano fue advertido a tiempo y huyó sobre los lomos de un burro. Cuando cayó Augusto Leguía, ahí estaba él entre los aduladores del dictador.

Sobre eso, había teñido sus manos con la sangre del periodista Edwin Elmore.

En 1935 José Santos Chocano fue ultimado a puñaladas en un tranvía de Santiago de Chile. Contaba a la sazón 59 años. Confieso que no conté entre los que lamentaron su muerte. No logré trazar la línea divisoria entre el gran poeta y el adulón de los tiranos y terror de hoteles por su impenitente costumbre de no pagar nunca sus cuentas. Lo había visto discurrir por las calles de Panamá y su figura física me repugnó. No asistí a ninguno de los recitales que dio aquí. Los que lo escucharon se decepcionaron: era un mal recitador.

Pero han pasado muchos años... La muerte ha depurado al poeta de su escoria humana. Poco a poco he ido olvidando sus impurezas. Su poesía se ha liberado de la materia deleznable de que la impregnó la vida nada edificante de su autor y ahora surge en toda su magnitud la figura de uno de los grandes vates de nuestra América.

Tropezamos hace muchos años en una de las poesías de Chocano, publicada en *LA PRENSA* de Buenos Aires, por allá por 1936. La dedica a un hijo que tuvo en su madurez por el que sintió mucho amor. El poeta contempla al chico de siete años que se baña en la playa y él le inspira la más tierna de sus poesías. Creo que vale la pena traerla aquí:

Finigénito

Tras de pasar el día, de retozo, en la playa,
luciendo tus siete años ante el mar, la agonía
del sol te envuelve en una suave melancolía...
Te quedas en suspenso, contemplando la raya
del horizonte; pienso que amas la lejanía...
¿Amas la lejanía el viaje y la aventura? ...
No en vano la mirada se te va por la anchura...
Hijo mío: en tus ojos se refleja mi vida...

¿No serás tú la parte de mi alma que se siente
después de medio siglo, del cuerpo desprendida
y lucha hasta que logra reencarnar nuevamente?
¿No irá en tu carne pura mi alma entrando a medida
que se va desprendiendo de mi carne doliente?

Hijo de la que tengo por mi última demencia,
ya que en ella he agotado fantasía y pasión;
puesto que mi pecado dió vida a tu inocencia,
tú eres para mí el Ángel de la Resurrección.

Resucito en tí... Sólo se explica así el cariño
de que por tí estoy lleno más que por mí. Daría
mi dolor de hombre en pago de tu placer de niño...
Es que en tu alma me siento tal vez más que en la mía.

Por eso, al sorprenderte viendo, ante el mar en calma,
el horizonte, pienso que amas la lejanía...
¿Sientes tú que te atrae desde el fondo de mi alma
o siento yo en tus ojos tu atracción todavía?

También buscas el humo del buque, en cuya estela
urde el mar la aventura... También buscas la vela,
en cuya palpitante concavidad el viento
pone un sople de vida... La vida es movimiento...,

Hay que vivir, moverse, viajar... ¡Gloria a las naves!
El destino confía sus misteriosas claves
al curso de los astros y al vuelo de las aves...
Hijo mío: si quieres vivir, viaja. Así sea.
Lucha como una quilla contra viento y marea...

Tal me complace verte dibujar nave y olas,
con lápiz espontáneo lleno de maestría.
Largas horas con ello te distraes a solas...
¿Quién te mueve la mano si no es el alma mía?

Si mi vida refléjase en tus ojos profundos,
tus sonrisas son como promesas de otros mundos...
¿Entro yo en tí o tú llegas a mí desde muy lejos? ...
No sé: a la vez me ofreces promesas y reflejos...

Sin dejar de ser ángel, comienzas a ser hombre...
¿No te quiebra las alas el peso de ser hombre?
Como purificado quedo con tu pureza,
la vida en mí concluye por ser la que en tí empieza...

Panamá en el siglo VII

(La vida aventurera de Tomás Gage, fraile dominicano. Un Libro revelador y mal intencionado.

Las ferias de Portobelo en 1837).

La más reciente edición del sensacional libro de un fraile dominicano inglés del siglo diecisiete titulado **LOS VIAJES DE TOMAS GAGE EN LA NUEVA ESPAÑA**, ha sido impreso por la "Biblioteca GOETHEMALA" en 1945. Es una obra muy interesante que contiene profusas e importantes referencias a la época de la colonización española en la América Central, y a las aventuras de dicho clérigo durante doce años en este continente y sus experiencias.

Se le atribuye al autor que al escribir y publicar el libro cuya primera edición inglesa salió en 1648, y fue reproducida en francés, holandés, alemán y español en años posteriores, su propósito fue llamar la atención de los ingleses hacia las posesiones hispanas de América con intenciones de que su patria tratase de suplantarlo, con su dominio, a la nación colonizadora, España.

Gage, pertenecía a una familia noble irlandesa de católicos militantes que lucharon y se sacrificaron por su fe ante el surgimiento del protestantismo representado en Enrique VIII y su sucesora la reina Isabel de Inglaterra. Varios de sus hermanos adoptaron la carrera eclesiástica, y él mismo se educó en acreditados Seminarios de Francia, Italia y España con los jesuitas, pero al profesar prefirió la Orden Dominicana, haciéndose miembro de esta comunidad.

Impelido por el espíritu catequista de estos religiosos, Gage pidió ir a desarrollar su apostolado misionero en Filipinas. Camino de Oriente, se trasladó a Méjico. Allí determinó quedarse en la Nueva España, encaminándose a Guatemala, donde residió muchos años, hasta que, con bastante dinero ganado en el ejercicio religioso, determinó en 1637 retornar a su patria por la vía del Istmo de Panamá.

Encontrándose de regreso en Inglaterra se produjo su apostasía, traicionando, para confirmar su nueva fé, no sólo su religión sino a sus amigos y cofrades en sacerdocio, a quienes con sus delaciones, llevó al martirio y a la muerte en el cadalso. Entonces, siguiendo la práctica anglicana contrajo matrimonio, y unicamente así le encomendó el gobierno misiones religiosas en el país.

El fraile perjuro, después de lucrar cínicamente por más de un decenio a costa de los naturales de América, a quienes engañó con su fingida religiosidad, resultó un explotador encubierto con la máscara de una mentida piedad católica, siendo en el fondo, efectivamente, un espía enemigo de España. En el libro que antes citamos reveló un conjunto de situaciones que afectaban a las colonias, las que, abusando de la confianza que a las autoridades hispanas inspiraba por su investidura eclesiástica, con malévolas intenciones dió a

conocer al gobierno inglés y a los piratas de su nacionalidad que ya infestaban las costas del nuevo mundo.

Gage después de examinar por años minuciosamente a Méjico y Guatemala y de visitar con espíritu observador el resto de Centroamérica, se encaminó al Istmo de Panamá con el propósito de tomar en Portobelo un barco que lo condujera de regreso a Europa.

Llegó, en efecto, en 1637 a la capital de Tierra Firme, la que describe en sus memorias, y atravesando el Istmo, se instaló transitoriamente en Portobelo en espera de la Flota de España para celebrar la Feria.

Sus impresiones sobre la ciudad de Panamá, sus peripecias en la travesía del Istmo por la ruta del río Chagres - que él denomina *Chiagre* y su descripción de la gran Feria de Portobelo, que él presenció, están contenidas en los capítulos VIII, IX, XI y XII, los extractos de los cuales transcribimos en estas páginas por considerar su narración digna del conocimiento de nuestros lectores. Ningún cronista antes fue tan preciso en la descripción, sobre todo lo que eran las Ferias comerciales de Portobelo en el Siglo XVIII cuando adquirieron su mayor apogeo y el histórico puerto istmeño resultó el escenario del más grande mercado del comercio de Ultramar.

“...Por la noche llegamos al Puerto de Perico donde echamos el ancla esperando que vendrían a visitar el buque el día siguiente por la mañana; mas aquella noche el dueño del buque habiendo pasado a tierra, el viento cambió y formó una tormenta tan grande que perdimos nuestra ancla y derivamos casi hasta la Pacheque (Isla Pacheca) temiendo ser llevados en el océano y tener mucha pena para volver a Panamá.

Pero este gran Dios a quien el mar y los vientos obedecen, cambió esta borrasca en un viento favorable que nos condujo otra vez a Perico, en donde después de haber sido visitados fuimos a velas llenas a Panamá. Al estar cerca de este puerto, no teniendo ancla nuestro buque, el viento nos echó todavía hacia atrás, y si el dueño del buque no nos hubiera enviado otra ancla sin duda alguna hubiéramos vuelto a Pacheque o más allá. Por este medio nos quedamos toda la noche en Perico, pasándonos todos al ver tantos contratiempos como teníamos; de suerte que algunos decían que precisamente estábamos hechizados o bien había alguno entre nosotros que estaba excomulgado, y que si supieran quién era lo echarían al agua.

Durante estos discursos el viento se cambió, y después de haber levantado el ancla seguimos nuestro camino de Panamá, a donde por último quiso Dios que llegáramos felizmente. (Gage: Cap. VIII).

Encontrándome entonces bastante bueno no me quedé mucho tiempo en la fragata en que había creído concluir mis días; inmediatamente bajé a tierra y me fui al convento de Santo Domingo en donde estuve cerca de quince días, durante los cuales tuve tiempo de observar todo lo que había de más notable en esta ciudad.

Está gobernada como Guatemala por un presidente con seis consejeros y una Cancillería o Audiencia real; también es la residencia de una silla episcopal. Está mucho más fortificada del lado de la mar del Sur que todos los puertos que he visto de este lado, con varias piezas de cañon para la defensa del puerto. Las casas son más débiles que todas las que he visto, a causa de la falta de cal y piedra; de suerte que por esto y el gran calor que hay la mayor parte de las casas están edificadas con madera.

La casa del Presidente y aun las murallas de las más hermosas iglesias están hechas con planchas de madera que hacen el oficio de piedras. El calor es tan grande que el vestido común de los habitantes no es otra cosa más que un jubón de tela hecha tiras, con calzado de tafetán o de otra tela ligera.

El pescado, frutas y yerbas abundan más que la carne; el agua fresca del coco es la bebida más estimada de las mujeres, aunque también hay allí una gran cantidad de chocolate y muchos vinos del Perú.

Los españoles que viven en esta ciudad se dan mucho a los placeres y particularmente a las mujeres; las negras de que abundan mucho, son ricas y galantes, y los principales objetos de sus desarreglados amores.

Se dice que es una de las ciudades más ricas de toda La

América, puesto que comercian por tierra y por el río Chiagre con la mar del Norte y por la mar del Sur con todo el Perú, las Indias Orientales, México y las Honduras. Allí es donde se transportan las más grandes riquezas del Perú en dos o tres grandes navíos que echan el ancla en el puerto de Perico que está a tres leguas de la ciudad; porque el flujo del mar es tan grande en este sitio que impide a los grandes buques el acercarse más; el flujo extendiéndose a más de una legua de la ciudad y dejando una extension con mucho fango a seco, lo que hace a este sitio malsano, contribuyendo también a eso otros lugares cenagosos que hay alrededor de la ciudad.

Esta tiene cinco mil habitantes que entretienen a lo menos ocho monasterios de religiosos y religiosas. Yo temía tanto al calor que hice todo lo posible para salir lo más pronto de allí.

Podía escoger el ser acompañado tanto por tierra como por agua para irme a Puerto Bello, pero considerando la dificultad que había para pasar las montañas yendo por tierra, me resolví a ir por el río Chiagre; de suerte que hacia la media noche salí de Panamá para Venta Cruces, donde no viven más que mulatos y negros que conducen los barcos chatos de que se sirven para transportar las mercaderías a Puerto Bello.

Estas gentes me recibieron muy bien, y me suplicaron tu-

viere a bien predicarles el domingo siguiente; lo que hice, y me dieron veinte escudos por mi sermón y la procesión. (Gage: Cap. IX).

Después de haber estado allí cinco días los barcos partieron; pero les costó mucho trabajo bajar el río porque en algunos sitios el agua ael agua estaba muy baja; siendo así que los barcos se encallaban muy a menudo, y era preciso que los negros con sus estacas empleasen toda la fuerza para sacarnos. Algunas veces también encontramos corrientes que nos llevaban bajo los árboles, ramas y arbus-tos que se hallaban sobre el río y no paraban; de manera que para desembarazarnos era necesario emplear mucho tiempo para cortar estas gruesas ramas que se hallaban en el agua.

Si al cabo de ocho días no nos hubiese enviado Dios más grandes lluvias, que cayendo de las montañas aumentaban el río que por sí es muy bajo, nuestro viaje hubiera sido no solamente muy largo sino muy incómodo. Doce días despues de nuestro embarque llegamos al mar y bajamos a la ciudadela para refrescarnos la mitad de este día.

Necesario es que los españoles están bien persuadidos que las corrientes y poca profundidad de este río son bastante para impedir que los extranjeros vengán a atacar Venta de Cruces y

de allí a Panamá, porque a no ser eso parece tendrían cuidado de fortificar y entretener esta ciudadela, cosa que no hacen; pues cuando yo pasé por allí tenía una necesidad tan grande de ser reparada que estaba a punto de caer toda en ruinas.

El gobernador de esta ciudadela era un gran bebedor, el cual nos hizo beber también mucho mientras estuvimos allí, y como tuviese necesidad de un capellán para él y sus soldados, bien hubiera querido que me hubiese quedado con él, lo que yo hubiera hecho si no tuviera negocios más importantes que me llamaban en otra parte; de suerte que me despedí de él, y al partir nos dió algunos refrescos de carne, pescado y dulces.

Entramos en plena mar y lo primero que descubrimos es lo que se llama escudo de Veraguas, y yendo siempre remando y bastante cerca de tierra seguimos nuestro camino hacia Puerto Bello el sábado por la noche que anclamos cerca de una pequeña isla con resolución de entrar al día siguiente en Puerto Bello.

Toda esta noche los negros hicieron la guardia por miedo de los holandeses, que, a lo que ellos decían, se ponían muchas veces en emboscada en estos sitios para sorprender los barcos del río Chiagre; pero pasamos felizmente la noche y por la mañana entramos en Puerto Bello. (Gage: Cap. X).

Está encerrada y muy bien fortificada por dos ciudadales en su entrada, que están bien guardadas, lo mismo que otro castillo que está más adentro en el puerto llamado Fuerte de San Miguel.

Cuando llegué me incomodé mucho al saber que los galeones no habían venido aún de España, porque sabía que no podía vivir largo tiempo en este sitio sin gastar mucho; pero me consolaba con saber que era la época en que debían llegar, y que no podía pasarse mucho tiempo sin suceder.

La primera cosa que hice fue buscar un cuarto, que en este tiempo estaban baratos, que hubo algunas personas que se ofrecieron a hospedarme por nada, con tal que luego que los galeones llegasen dejase el cuarto o que lo pagase como los demás. Pero conocí a un caballero que era tesorero del rey, el cual me prometió hacerme encontrar uno barato aún en la época de la venida de los buques, de suerte que fuimos juntos a buscarlo, y él, interponiendo su autoridad, hizo que quedase de acuerdo con el posadero que cuando la flota llegase no podría alquilarlo a nadie, y que yo viviría solo durante ese tiempo. Esta habitación no podía contener más que una cama, una mesa, una silla, o dos y el sitio necesario para abrir y cerrar la puerta; sin embargo no dejó de pedirme veinte escudos durante el tiempo que la flota estuviese en el

puerto, que ordinariamente es de quince días. Como la ciudad es pequeña y hay por lo menos cuatro o cinco mil soldados que vienen en los galeones para su defensa y también muchos comerciantes del Perú, España y otros sitios, los unos para comprar y los otros para vender, esto hace que las casas, por pequeñas que sean, son muy caras; pues muchas veces sucede que no hay bastantes en la ciudad para alojar toda la gente que llega en tiempo. Yo conocí a un comerciante que dió mil escudos por una tienda regularmente grande, para expedir allí sus mercancías durante quince días que la flota estuvo en el puerto.

A mí me pareció demasiado caro el dar ciento veinte escudos que se me chocó mucho y dije al tesorero del rey cómo no hacía mucho tiempo había sido robado en el mar, no pudiendo por ese motivo hacer un gran gasto, puesto que había que añadir a ésto el de mi comida que subiría por lo menos a otro tanto.

El posadero no quiso bajar un cuarto, de manera que esté buen tesorero, compadeciéndose de mí, le ofreció pagar sesenta escudos con tal que yo pagase la otra mitad, a lo que fue necesario resolverse, o bien verme reducido a dormir fuera sobre las piedras. Sin embargo no quise vivir en este agujero que me costaba tan caro hasta la llegada de la flota; me fui a vivir a un her-

moso alojamiento que se me había ofrecido de balde.

Mientras yo esperaba la llegada de la flota, recibí algún dinero y algunas ofrendas por mis misas y algunos sermones que hice a razón de quince escudos cada uno.

También iba a ver las ciudadelas que encontré muy buenas y bien fortificadas. Pero lo que encontré de más sorprendente era el ver el gran número de mulas que venían de Panamá, todas cargadas con barras de plata, de suerte que en un día conté más de doscientas que no conducían otra cosa más, las cuales fueron descargadas en el mercado público donde había montones de barras de plata como los de piedras en la calle, que dejaban allí sin miedo de que las robasen.

Diez días después llegó la flota compuesta de ocho galeones y diez navíos mercantes, lo que obligó a meterme en mi agujero. Era una maravilla el ver la gente que había por las calles, en lugar de que pocos días antes se veía casi a nadie. El precio de las cosas comenzó también a subir, de manera que una gallina que muchas veces me había costado en el campo un real, se vendía por doce; la libra de buey valía dos reales en lugar que en otras partes había comprado trece libras por medio real; y las otras carnes se pusieron a proporción tan caras que no sabiendo como hacer me vi

precisado a vivir de pescado y tortugas de que hay una gran cantidad, y aunque eran caras sin embargo era lo que podía comer más barato.

Era digno de ver como los comerciantes vendían sus mercancías, no al menudeo, sino por mayor, a la pieza y al peso; cómo hacían sus pagos, no en dinero, no en moneda, sino en barras de plata que se pesaban y tomaban por valor de las mercancías. Esto no duró más de quince días durante los cuales los galeones no cargaron otra cosa más que barras de plata; de suerte que puedo decir con atrevimiento, y sostener, que durante esos quince días no hay una feria más rica en todo el mudo que la que se hace en Puerto Bello entre los comerciantes españoles, Perú, Panamá y otros lugares vecinos. (Gage: Cap. XI).

Don Carlos de Ibarra que era almirante de esta flota hizo toda la diligencia posible para hacerla partir, lo que hizo que los comerciantes se apresuraran a vender y comprar y cargar los navíos con barras de plata.

Esta diligencia me regocijó mucho porque veía que tan pronto como cargaran sus buques tanto menos yo descargaría mi bolsa y partiría de este lugar tan mal sano, donde el excesivo calor causa no solamente fiebres ardientes sino también la muerte, si cuando llueve no evita uno mojarse los pies; pero particular-

mente mientras que la flota está allí se puede decir que es una tumba siempre abierta y dispuesta a tragar una gran parte de este gran concurso de pueblo que se encuentra en este tiempo, como sucedió en el año que yo estuve allí, que murieron más de quinientas personas entre comerciantes, soldados y marineros, tanto de fiebre ardiente como por disenterías por comer demasiada fruta, beber agua fría y otra suerte de intemperancias de modo que ellos podían muy bien decir que este sitio no era Puerto Bello, sino más bien Puerto Malo.

Como esto sucede ordinariamente todos los años, se ha edificado en la ciudad un hospital que es muy rico, para aliviar a los que vienen enfermos del mar o que caen malos en este sitio. En ese hospital hay varios religiosos de la ciudad que asisten a los enfermos y entierran a los muertos.

El almirante que temía que estos enfermos se aumentasen más, hizo toda diligencia que pudo para hacer partir la flota, sin cuidar del ruido que hacía correr de que había tres o cuatro navíos ingleses u holandeses en el mar, que no esperaban sino la ocasión de apoderarse de uno de estos buques que se extraviase un poco de los otros. Esta nueva me hizo entrar en miedo y pensar que para mi seguridad haría bien en pasar a uno de los galeones, pero cuando fue cuestión de arreglar mi

pasaje encontré que se me pedía nada menos que trescientos escudos que no hubiera podido pagar sin reducir demasiado lo que me quedaba.

Esto hizo el que formase designio de dirigirme a algún dueño de un navío mercante, aunque sabía muy bien no ir tan seguro como en algún galeón bien provisionado de soldados y cañones: sin embargo, yo esperaba siempre en Dios, que es el refugio de todos los que le temen, y que en esta circunstancia me hizo encontrar un pasaje muy barato y seguro; porque habiendo encontrado un día a mi amigo el tesorero, éste todavía tuvo compasión de mí, y considerándome como a un extranjero a quien habían robado hacía muy poco tiempo, me recomendó al patron de un navío mercante llamado el San Sebastián; pues sabía que tenía ésta necesidad de un capellán en su buque y a quien admitiría a su mesa. Apenas me dirigí a él de parte de este tesorero que era amigo suyo, me prometió recibirme en su buque y darme su

mesa sin pedirme otra cosa más que rogar a Dios por él y por las suyos; prometiendo además satisfacerme por todos los sermones que yo hiciese en el navío. Yo alabé a Dios por gracias que me hacía, reconociendo en ésto como en muchas otras ocasiones el socorro de la providencia que me proporcionaba el medio de volver a Inglaterra.

Al instante que los navíos fueron cargados partimos para Cartagena, y al día siguiente de habernos dado a la vela, descubrimos cuatro navíos, lo que dio miedo a los buques mercantes y los hizo tenerse cerca de los galeones, teniendo más confianza en la fuerza de estos buques que en la suya. El navío en que me encontraba era ligero y corría mucho, de suerte que mantenía siempre cerca del almirante o de algunos de los otros galeones pero todos los otros navíos mercantes que no corrían tanto venían tan despacio y atrás que hubo dos a quienes los holandeses sorprendieron y llevaron durante la noche antes que pudiésemos llegar a Cartagena....”

*Yo fui la primera jefe de la
oficina de turismo*

En el año de 1931, se abrió al público la oficina de turismo en Panamá, situada en los bajos del Consulado norteamericano, en una especie de amplio bar, en el edificio del National City Bank, Avenida Central. Como estaba abierta a ambos lados, eran frecuentes los visitantes. Por allí vi desfilar muchos personajes panameños, caídos de su pedestal a causa de la inesperada cesación del Régimen del Ingeniero Florencio Harmodio Arosemena.

No me interesaba la política, a pesar de haber sido esposa de un hombre que se agitaba en ella y arrastraba las masas con su palabra encendida, lo que alguna vez lo llevó a una celda, junto al General Manuel Quintero Villareal, el "héroe de Coto". Esta primera aspiración a impulsar el turismo en Panamá, partió de la Cámara de Comercio. Su presidente era don Ramón Acevedo y como activo secretario,

Sabas A. Villegas; dependía de la Secretaria de Obras Públicas, entonces a cargo de don Eduardo Icaza. Yo me sentía en un ambiente nuevo, desconocido para mí que había ejercido una misión de periodista, impulsada por una vocación irrevocable. Tuve como secretaria a una muchacha inteligente que conocía a la perfección el inglés, por haberse graduado en Canadá; la señorita María Teresa Quijano, más tarde señora de García de Paredes. Muchos folletos habían sido impresos en inglés porque la aspiración era atraer un turismo norteamericano. Yo pensé enseguida, que el turismo tenía varias expresiones: paisaje, costumbres, presentaciones de lo eminentemente típico y un interés por lo que significó el pasado colonial que encontraba a cada momento y las leyendas y modalidades de los tiempos coloniales y colombianos. Me impuse una tarea de paciente in-

vestigación, para brindarle al turista culto, libretos que significaran el ancho respiro de la nacionalidad. Así, me enteré de las viejas creencias, de las costumbres de distinguidas señoras de Panamá, ellas por ejemplo, solían recorrer la "cuesta de San Ramón" que se extendía, desde la residencia de Don Narciso Garay, en donde funcionó el Conservatorio Nacional de Música, hasta la linda capillita de la Merced. El objeto de los paseos nocturnos era invocar a San Ramón nonato, para que las protegiera en la hora del nacimiento de sus vástagos.

La capilla de La Merced, adyacente al templo de su nombre, tenía una leyenda encantadora: traída la imagen, desde las ruinas de Panamá, la Antigua, al llegar a ese sitio, se volvió tan pesada que los portadores de ella viendo flaquear sus fuerzas, decidieron dejarla allí y en los primeros tiempos, estuvo cobijada por un rancho de paja; los valiosos arcos de brillantes que lucía el lóbulo de sus orejas, fueron el obsequio de un jugador afortunado que la invocó en los momentos en que abría el abanico de los naipes. Fue ese el origen de la cuantiosa fortuna que inteligentemente, administró e hizo fructificar en empresas que le dieron progreso a Panamá. No olvidé anotar la conocida creencia de que el "arco chato" de la colonial y exquisita iglesia de Santo Domingo, se debió a que un sacerdote oró lar-

gamente bajo la construcción, maravilla de arquitectura, con peligro de su vida, ya que, fueron varios los desplomes anteriores y milagrosamente pudo llegar a su terminación; igual interés me despertó la iglesia de San José, con su altar de talla recubierta con laminas finísimas de oro de altos kilates que los sacerdotes fueron transportando, trozo a trozo, de manera furtiva, desde la antigua Panamá, a la nueva ciudad que surgió con un fuerte cinturón de murallas que la ceñían, protegiéndola hacia el mar, con sus centinelas metidos en las garitas que aun subsisten sobre el "paseo de las bóvedas" y cerraban con el arco de medio punto con su recia puerta clausurada al toque de queda; aún subsisten los restos del llamado "baluarte de Jesús," roídos por el tiempo. Muchos fueron los folletos en colores que se abrían en sucesión mostrando muchachas en vistosas polleras, indiecitas de San Blas con sus narices perforadas y sus senos desnudos, vestidas con las famosas molas hechas en telas coloreadas enrolladas alrededor de la cintura y las piernas deformadas a causa de los ceñidos vendajes entrelazados desde las rodillas hasta los tobillos. Aún conservo traducido al inglés, uno de mis últimos libretos que ostenta en la portada en vivos colores la estampa de un loro que sostiene en la pata un trozo de banano, factura hermosa de Reinaldo de Pool que fué laureado dibujante en Cuba, de

donde vino, y por largos años fué el Jefe del taller de fotograbados de la Estrella de Panamá, artesanía aprendida de su padre don John de Pool, traído a este país por indicación de Ricardo Miró; llegó para trabajar en el "Diario de Panamá", dirigido entonces por el Dr. José D. Moscote.

Ahora que se está celebrando el "Año del Turismo de las Américas", muchos de esos vestigios pueden interesar en nuestro país, al turista culto e inteligente, porque el turismo posee muchas facetas. Recuerdo que, cuando viajé a Santiago de Chile en un barco de la Grace Line, en recorrido de 12 días sobre el Pacífico, la mayoría de los pasajeros venían de los Estados Unidos, atraídos, unicamente, por el rutilante esplendor del famoso casino Viña del Mar, un sitio de paisaje encantador, con pinos

olorosos que bajan hasta la orilla del mar; no los ví nunca en mis visitas a los museos y monumentos como el de Andrés Bello, lacerado por las desesperadas pedradas lanzadas por los estudiantes de castellano. Paisaje, juegos, historia y arte son para mí, los principales elementos de un turismo atrayente y todo eso lo poseemos a plenitud en Panamá, especialmente en esta pujante y bella capital que en toda la costa, se extiende como una hermosa sirena, tendida entre dos mares que seduce y atrae.

Mi último libro sobre el turismo en Panamá, mereció las más cálida acogida por el jefe del turismo en Cuba, Señor Agüero, un verdadero experto en estos afanes quien vino expresamente invitado para darle nuevos impulsos a lo ya iniciado entre nosotros.

Panameños de la época colonial

LOS CHIARI: Durante el tiempo que vivimos en Sevilla, en nuestro diario trabajo en el Archivo General de Indias, nos dimos a la búsqueda de apellidos panameños. De los primeros Chiari que arribaron a las costas del Istmo, sólo conocemos a Don ANGEL CHIARI, natural de Florencia, Alférez de Granaderos en la Compañía de don Carlos Fábrega. El Alférez Chiari casó en esta ciudad de Panamá en el año de 1773, con doña JOSEFA DE AVILA, hija legítima de Don Fausto de Avila y Doña Ramona Bassan, todos descendientes de ilustres familias. Doña Josefa nació en esta ciudad. Don Angel Chiari, murió — también en Panamá— el 9 de Febrero de 1793, cuándo desempeña el cargo de Capitán, que ya había obtenido el 22 de Diciembre de 1771.

Hijos de ese matrimonio fueron don JOSEF MARIA CHIARI (nacido en Panamá el 26 de Octubre de 1774) y don PEDRO CRINOLOGO CHIARI (nacido en la misma ciudad de Panamá el 5 de Diciembre de 1778), y que sirvieron de Cadetes en el Batallón Fixo de Panamá.

Estante 117, Cajón 6, Legajo 18, Archivo General de Indias de Sevilla.

REVELACION DE LOS MERITOS Y SERVICIOS DE
D. PEDRO MIGUEL DE CHAVARRIA
ABOGADO DE LA REAL AUDIENCIA DE PANAMA

“Es, según consta, natural de la Ciudad de Panamá, adonde en el año de mil setecientos cuarenta y nueve bolvió de la de Lima, después de haver sido Colegial en el Real de San Martín de ella, estudiado la Jurisprudencia, y graduándose de Bachiller por aquella Real Universidad de San Marcos. En primero de Junio del año siguiente de mil setecientos y cinquenta se recibió de Abogado en la Real Audiencia, que entonces havia en la misma Capital de Panamá, y desde luego manifestó su buena capacidad en los Pleytos, y Negocios, que pasaban por su mano, adquiriendo buen credito, y estimación, no sólo del Público, sino de sus Superiores: de forma, que Don Manuel de Montiano, Gorbenador entonces de aquella Provincia, le nombró por Defesor General del Juzgado de Bienes de Difuntos, durante la ausencia, que hizo el propietario: Don Antonio Guill, successor en aquel Gobierno, le eligió por su Assessor General y Auditor de Guerra interinamente, por enfermedad de Don Renonymo Massias de Sandoval, en cuya virtud exerció dos Empleos, aun despues del fallecimiento de este, no solo en el tiempo que duró el Gobierno al referido Don Antonio Guill, sino también en el de su successor Don Joseph Raón, que por hallarse enterado de su buena conducta, suficiente literatura, y arreglados procederes, le continuó en ellos hasta principios del presente año de mil setecientos sesenta y quatro, que llegó Don Joachin Cabrejo, provisto por S.M.

“Por nombramiento de Don Fernando Bustillo, Protector de Indios de la Real Audiencia de Santa Fé, y Juez nombrado por el Virrey de aquel Reyno para la averiguación de varios fraudes imputados a los Oficiales Reales de la misma Ciudad de Panamá, y para la disposición de la buena administración de la Real Hacienda en aquellas Cajas, exerció el Oficio de Fiscal y Defensor del Real Erario en aquella Comission: el de Juez Mayor de Bienes de Difuntos, por Nombramiento del mencionado Gobernador Raón: el de Abogado de aquel Cabildo Secular repetidas veces; y el de Procurador General por elección de este: el de Veintiquatro de su Ayuntamiento por Nombramiento del referido Montiano en el año de mil setecientos cinquenta y tres; y dos veces el de Alcalde Ordinario, la una por elección del mismo Ayuntamiento, y la otra por Nombramiento del propio Gobernador Montiano.

“Con fecha de treinta de Diciembre de mil setecientos sesenta y tres informa Don Joseph Roán, que por experiencia en el tiempo de su gobierno conoció ser cierto el Informe, que su antecessor Don Antonio Guill, y otros varios sugetos le hicieron de la literatura, buena conducta, y apacible genio del referido Don Pedro: por cuyas

buenas circunstancias, y haver servido sin salario los Empleos de Assessor, y Auditor de Guerra, le huviera assignado algún sueldo, a tener facultades para ello; y que tambien le hubiera llegado con gran gusto por su Assessor para los Empleos de Gobernador, y Capitán General de Philipinas, (que S.M. le ha conferido) si no fuesse porque no dejasse desamparada a su madre, y demás familias, que mantiene a sus expensas: por todo lo qual le considera muy digno de ser empleado en el Real servicio.

“Formose de varios Documentos, que exhibió (y se bolvieron al Interessado) en esta Secretaria del Supremo Consejo, y Camara de Indias, por lo tocante al Perú; de que certifico, como Secretario de S. M. y Oficial Mayor de ella, Madrid y Septiembre veinte y ocho de mil setecientos sesenta y quatro.

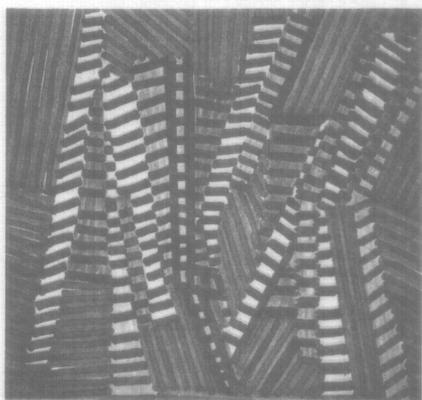
FRANCIS EDUARDO PANIAGUA.”

(Rubricado)

Estante 126, Cajón 2, Legajo 4 del Archivo General de Indias, de Sevilla.

REFLEXIONES EN TORNO A
W. NELSON, MUÑOZ Y COMPAÑÍA:
UNA PUBLICACION DE LA
EDITORIAL UNIVERSITARIA

CINCO AÑOS EN PANAMA



wolfred nelson

estudio preliminar y notas por armando muñoz pinzón



No faltará quien diga por ahí que el título de este comentario bibliográfico bien podría interpretarse como el anuncio de una nueva firma comercial dentro del acelerado mundo mercantil panameño; al adentrarse en su lectura (por lo menos subtítulo) otros imaginarán que se va en pos de una notoriedad siguiendo la moda de una propaganda "pop" con la que se pretende insuflarle actualidad a un testimonio del Siglo XIX, que hoy publica íntegramente y por primera vez en español la Editorial Universitaria.

Sin embargo, nada hay tan alejado de estas suposiciones, la etiqueta de esta ensayo obedece a una realidad, casi diría que "de carne y hueso", porque gracias a la unión de muchas inteligencias y al esfuerzo desinteresado de un número plural de voluntades, se ha logrado la versión total de una obra casi olvidada de las postrimerías de la centuria pasada y que ahora podrán gozarla en todas sus excelencias los que desconocen el inglés o el francés, en que fue escrita originalmente.

Bajo la dirección técnica de la Dra. Colomba Luque de Pérez y del que escribe, realizaron la traducción de los *Cinco Años en Panamá*, las distinguidas profesoras Rosamarie de Burgos, Carmen G. Córdoba y Judith A. Salazar, mientras que el profesor Armando Muñoz Pinzón tuvo la responsabilidad de la revisión final del manuscrito con la ayuda de los profesionales Argelia Tello de Ugarte, Víctor Fernández C. y María Josefa de Meléndez. Además, Muñoz Pinzón se encargó del estudio preliminar y de las notas que acompañaban los apuntes de viaje de Wolfred Nelson.

Gracias a éste y muchos esfuerzos colectivos diríase que la Editorial Universitaria de la Universidad de Panamá, se ha convertido en un pequeño taller renacentista, porque los que en ella laboran, trabajan desprovistos de todo interés mezquino y apenas se conforman con la satisfacción íntima del deber cumplido, sin aspirar a los trofeos espectaculares y productivos que otorgan los éxitos materiales. Desde otro ángulo, estos voluntarios recuerdan a los

silenciosos monjes coloniales por la fe inquebrantable que ponen en el trabajo paciente con el fin de contribuir a que, con el tiempo, se realice el milagro de una auténtica cultura nacional, mientras que a semejanza de los lejamos quipucamayocs del incario, sienten la obligación de velar por la tradición espiritual de las generaciones.

Es bajo esa tónica que hasta el momento, en un medio tan indiferente como es el panameño, en un mundo hostil como es el que ofrecen nuestras cerradas camarillas intelectuales y más allá de los inconvenientes materiales, que no pocas veces adquieren categorías abismales, en casi un par de años de actividad, se ha llegado a publicar dos docenas de libros (uno por mes) que hablan elocuentemente de lo que hasta ahora se ha hecho y abren grandes y amplias perspectivas de lo que aún falta por hacer.

No son estas reflexiones el producto de un autoelogio como director ocasional de la labor publicitaria de la Universidad de Panamá, sino un informe y sincero reconocimiento al trabajo en equipo, de tan extraña floración en el derrotero intelectual panameño. Porque ahora, en este Panamá de todos los días, quedará demostrado que no sólo se forman "sociedades anónimas" para recibir jugosos dividendos económicos, sino que hay estudios que aspiran al sacrificio para ir en pos del auténtico y noble contenido del quehacer existencial de nuestra nación. "Honrar honra", ha dicho un clásico español, y hoy cabe repetirlo para esta nueva y fructífera edición de los *Cinco Años en Panamá*. Su autor Wolfred Nelson además de haber sido un viajero empedernido, fue un médico canadiense que vivió y trabajó cinco años en el Istmo (1880-1885), y junto con sus utensilios de trabajo logró elaborar un diagnóstico veraz de nuestra sociedad decimonona, usando para ello el bisturí de la sátira, el analgésico de la comprensión, y la terapéutica de una observación bien intencionada, aunada a su natural vocación de higienista.

Todo esto justifica que el testimonio de Nelson vaya precedido de un sustancioso estudio preliminar del joven escritor Armando Muñoz Pinzón, que ya se expresa con madurez y tino, como lo demuestran sus numerosas críticas y notas bibliográficas desperdigadas en periódicos y revistas locales. En esta ocasión de lanza a una empresa de análisis serio y valoración ambiciosa. Sa-

le victorioso de la aventura intelectual, ya que con estilo ameno y directo, logra ubicar al personaje. Sabe además, poner de relieve su testimonio, ya sea contemplando su actitud ante lo panameño o su pesimismo ante el avance de la empresa francesa en la construcción del canal interoceánico.

En el enjuiciamiento no se le escapan las circunstancias que rodearon al médico canadiense que se extravió por un lustro en nuestro microscópico mundo tropical y con una actitud conciliadora y humana imprimió un tono de comprensión para los juicios del autor, unas veces cáusticos y otras veces llenos de ironía, pero siempre interesantes por su extraordinaria capacidad para observar una ciudad que hoy, en medio del ruido de los automóviles, el ajetreo del comercio y de los edificios que cada vez se empujan más, pareciera que ya está muy distante de aquella en que vivieron nuestros abuelos, y tanto, que podría suponerse que aquel Panamá de la centuria pasada se ha quedado muchos siglos atrás de nuestra experiencia vital. Antaño la vida era provinciana, plácida, silenciosa y las costumbres hogareñas poseían un amable refinamiento, un encanto natural y una chismografía desaforada. Muñoz Pinzón ha sabido transplantarse a ese mundo para ubicar anímicamente al autor de unas notas de viaje, muy extensas por cierto, que pareciera que llevaba como principal equipaje, una fidelísima Kodak en el cerebro.

Dos cosas más ameritan este trabajo. Una, es el fruto de sus pacientes y sesudas investigaciones en los testimonios de otros viajeros contemporáneos de Nelson y en el recuento cotidiano de *La Estrella de Panamá*. De este rastreo se obtuvo un admirable provecho. El segundo, la paciente labor de las notas críticas que aclaran y enriquecen el contenido del libro que comenta, porque las observaciones del galeno cobran actualidad al encontrar sus antecedentes remotos o su persistencia dentro de la sociedad contemporánea. En resumidas cuentas, se trata de un esfuerzo provechoso y esmerado que se enriquece con un estilo que - usando las palabras de Gracián- denota una auténtica "agudeza y arte de ingenio".

¿Y qué decir en cuanto al testimonio del Doctor Wolfred Nelson? Un ligero vistazo a lo que toca en cada uno de los veinticinco capítulos que contiene la obra, permite formarnos una idea clara del enorme esfuerzo para acumular situaciones y anotar las observaciones que plasma en sus

recuerdos de peregrino exótico y curioso. Con sorprendente lujo de detalles se describen nuestras iglesias, la imaginaria religiosa, los altares y hasta los fieles que concurren diariamente a la "casa de oración". A las muestras de arquitectura religiosa, herencia de la época hispana, siguen la enumeración de las más importantes fábricas civiles, constituyendo así una fuente de información imprescindible para el urbanista y el historiador del arte panameño. En este sentido se encuentran estallos agudos como aquél en que establece cierto "aire de familia" entre los rostros que representan nuestra cerámica precolombina, que tuvo la oportunidad de contemplar en Chiriquí, y la figura de los santos que vio en la fachada de la Iglesia de la Merced (Cap. XXII página 224).

Pero el testimonio del médico canadiense es algo más que una simple enumeración de los edificios de la ciudad de Panamá. En él, se encuentra un verdadero y completo catálogo de nuestras costumbres en los últimos lustros del siglo XIX. Ante nuestra vista desfilan los usos y maneras de una "clase alta" con un cierto donaire provinciano, mientras que en forma paralela conviven los panameños humildes y pobres, personificados en los arquetipos creados por el autor y a los que bautizó con el nombre de Juan y María. Muchas y jugosas reflexiones podrían establecerse entre aquellas dos formas de vida de un Panamá de ayer que se proyectan en el de hoy, porque si nuestros señores de antaño guardaron mayor compostura social, tuvieron escasos medios de ilustración y se sintieron apegados a una tradición que lentamente se les escapaba del trájín diario y en muchos aspectos no es muy diferente del que vive y siente el hombre "importante" de esta hora actual, agobiado por la contratación y el malestar de la gran ciudad. Por encima del recogimiento hogareño, más allá de la cortesía en el trato social y sin el recato en la diversión y el diálogo, el "señoron" de hogaño, rinde un desmedido vasallaje el juego de la política a los beneficios del negocio y especialmente al dólar como fin único de toda su experiencia ciudadana.

En nuestro país antagónico, mientras el grupo minoritario se torna complejo, evoluciona, prospera en adelantos técnicos, culturales y científicos, los personajes del tipo de Juan y María, están más cerca del hombre humilde que convive con los que el autor reseñó. En el caso de estos, pareciera que el tiempo se detuvo y la dieta, la habi-

tación y hasta el vestido y las diversiones, se conservan en su prístina pureza como nota persistente del carácter estático de estos grupos elementales.

Pero también el istmeño intrascendente y anónimo conserva sus cualidades anímicas; tales son: alegría interior, sencillez, inocencia y naturalidad que fueron las virtudes espirituales que dieron contenido a la idealización del "hombre feliz en estado de naturaleza", que describieron los ideólogos de la "Ilustración" y la "Enciclopedia" en el siglo XVIII.

Conjuntamente con las formas de vida tradicionales, están los grupos foráneos y en el capítulo que Nelson dedica a los orientales, presenta un admirable cuadro de costumbres con muchas supervivencias que en estos tiempos "de integración" permanecen inalterables. Siente profunda simpatía por los chinos; la "colonia" forma su mayor clientela y esta circunstancia le permite llegar hasta la intimidad de sus habitaciones donde puede anotar un mestizaje religioso y étnico que lo hace sonreír. Pero esta vez su sonrisa se torna amable y bajo la anécdota no esconde el rasgo de ironía del que ha hecho gala en sus incansables pesquizas por el mundo de costumbres raras y curiosas. Sin temor a la exageración casi diría que resulta de una gran contemporaneidad su afirmación de que las drogas — en este caso el opio — resultan menos dañinas para la salud que el alcohol, del cual se declara un intransigente enemigo.

En el "noticiero" de Nelson ocupa una preocupación permanentemente los aspectos sanitarios y de higiene. Ello resulta explicable al considerar no sólo su nacionalidad y su vocación médica, sino el ambiente de la ciudad, las enfermedades, el calor sofocante y la humedad insoportable. Esto lleva a buscar soluciones prácticas y apropiadas para evitar que los cementerios se transformen en focos reproductores de enfermedades, los desperdicios conviertan en pestilente la atmósfera, y el descuido de las autoridades locales fomentan las plagas y epidemias obstaculizando así el progreso que proporciona el "confort" moderno.

En numerosas partes de sus recuerdos se nota la preocupación constante por el aseo, y es precisamente la falta del mismo la que le permite ir en ristre con su lanceta hacia las costumbres tradicionales, ya sea en la manera de enterrar, en el apañamiento en las prácticas religiosas especialmente en las celebraciones de los matrimonios y

procesiones y en las necesidades de todos los días: alimentos, mercado y fastos civiles y patrióticos.

El relato de Nelson, tan minucioso en sus detalles, tan rico en anécdotas y tan interesante en información, cobra valor para todos y como muy bien lo señala Muñoz Pinzón, el libro "interesa a los historiadores del arte... Así mismo será útil al historiador, al folklorista y al sociólogo, porque encontrarán en él abundante información, y hasta el investigador de las ciencias puras descubrirá datos valiosos sobre la flora, la fauna y la farmacopea primitiva, y en general, para los estudiosos del pasado panameño que encontrarán en las páginas de esta obra, una rica veta de información para la reconstrucción de la vida y el ambiente de aquí entonces".

Pero pese a todos los elogios, cabe hacer algunas observaciones en torno a los recuerdos minuciosos que consignara el médico canadiense. Como todo libro de viajes, una de las perspectivas que cubre es la de la fantasía y la imaginación, y es por ello que no opone el menor escrúpulo para dedicar largas parrafadas a nuestra historia como país virreinal (capítulo XI), o a las consideraciones en torno al encuentro de la conquista entre españoles e indios. En ese sentido sigue las directrices corrientes de su época y si hay una preocupación bibliográfica, pone de su propia inventiva el dato que no encuentra en la obra de consulta. A veces se atiende a su memoria o a la simple tradición popular, todo lo cual permite que en muchos aspectos se le pueda considerar como frívolo y superficial.

Al lado de un espíritu inclinado a lo maravilloso, está el realismo descriptivo que se fundamenta en el comentario callejero, en el chisme del salón hogareño, en el grueso rumor popular, que en todos los casos le dan a su testimonio un matiz singular, porque su realismo se torna helado e incisivo y lo dirige contra los usos y costumbres de nuestra tierra, contra las autoridades que descuidan los edificios, paseos y residencias y contra el hombre medio que por lo general vive de la mayor industria colombiana que son "las revoluciones".

También las notas de Nelson demuestran la constante y previsoramente preocupada por la obra de los franceses en Panamá y no faltan sus críticas mordaces y muchas

veces infundadas contra los progresos del proyecto canalero. En esta parte el autor olvida su estilo alegre y festivo para convertirse en fiscal despiadado y en su afán de acumular pruebas y más pruebas que demuestren la improvisación de Lesseps, sus capítulos finales se convierten en auténticos alegatos donde se yuxtaponen las noticias y se pierde el hilo de la argumentación dentro de un laberinto de datos técnicos, estadísticas sospechosas e informes tergiversados y en los que resalta muy a las claras, que ni el mismo autor era capaz de comprender tanto tecnicismo, tanta contabilidad y tan menudo planeamiento (capítulos XXIV y XXV).

Por eso al final hay amplios sectores de aburridas cuentas y detalles financieros que sólo adquieren valor por tratarse de informaciones que el médico recibió directamente de los Boletines del Canal y que transcribe a su modo, pero que en todo caso demuestran muy claramente que se dejó seducir por cuanto chisme escandaloso le susurraron al oído. Tal es la atención incondicional que presta a los rumores sobre los derroches de la Compañía Francesa y el "dossier" de los palacios de Lesseps y Dingleer, que hoy, se ha demostrado que no pasaron de ser otra cosa que el producto de la imaginación calenturienta y exaltada de los detractores del proyecto francés.

No puedo cerrar este breve comentario sin recordar que Nelson nos pinta un momento de gran trascendencia y dramatismo en la historia de nuestro devenir. Algo se nos decía de "Panamá y sus tragedias" en el aspecto político, de las incipientes luchas entre liberales y conservadores en el plano ideológico, del auge y el declive económico de Panamá durante los años iniciales de construcción normal de la empresa gala antes de entrar en la etapa de las dificultades (1887) y luego de la crisis y del desastre (1888 y 1889).

Pero esos datos necesitaban un telón de fondo donde ubicar los graves acontecimientos. Se hacía necesario un libro como el de Nelson para reconstruir un escenario adecuado que nos fuera familiar, porque muchos de los usos y costumbres de aquellos hombres de finales del siglo pasado, perduran aún en esta sociedad que avanza, unas veces perezosa y otras veces dinámica, por los senderos que conducen al siglo XXI.

Carlos Manuel Gasteozoro

UN LIBRO DE CLEZIO SOBRE EL INDIO PANAMEÑO



En estas horas de repetibles polémicas literarias, escaramuzas y encendidos vituperios, el novelista francés (de 31 años) Jean-Marie—Gustave Le Clézio, quien habitó, algún tiempo, en un hotel de nuestra calle 17 Oeste, nos muestra, a lo largo de las 169 páginas de su libro *Haí* la infinita posibilidad de lo panameño. Atormentado por la lógica mecánica de la sociedad de consumo, Le Clézio decide explorar otras culturas, otros conjuntos de sistemas simbólicos. Aquí, en Panamá, nos confiesa, se le releva un tesoro invaluable. Convive varios meses, en unión de la antropóloga Marina Le Clézio, esposa suya, con los indios Embera. Ahora bien,

¿quién de nosotros conoce a los Embera? ¿Por qué tiene que ser siempre un francés quien, venturosamente nos informe en torno a la armonización perdurable que constituye una cultura indígena (istmeña) casi virgen? .

Para los que creen que Panamá nació en 1501, con la llegada de los españoles, este ensayo habrá de exasperarlos de cuajo. Es lamentable comprobar los escasos aportes que la historiografía panameña ha cristalizado acerca de nuestra etapa precolombina. El desprecio hacia todo lo aborigen, la preeminencia de un *modus vivendi* urbano, han provocado un cisma anchísimo entre el panameño presuroso de hoy y el Embera, sumergido aún en un tiempo mítico y prelógico.

Paraíso perdido y hallado, la tribu darienita le inspira a Le Clézio análisis muy detallistas y de elvado valor etnográfico. La belleza “triumfal” de la india, antítesis de la artificialidad cosmética. Belleza fundamentada en una libertad envidiable, sin tabú ni aspavientos que la requiebren o aminoren. Gestos hábiles, entrecruzamientos cotidianos. Pero, ante todo, lo que llama la atención, a todo trance, es el silencio, la ausencia de ruidos. El indio Embera vive la culpabilidad del lenguaje: ni las piedras, ni los animales hablan. Aricular palabras es un privilegio terrible. En suma, la cultura oral posee un mérito impar: el de perpetuar la igualdad cultural entre

sus miembros. Cultura inocente, pues, sin libros sin manifiestos, sin doctrinas, sin dogmas.

Al indio Embera no le interesa la historia. ¿Para qué memorizar fechas y nombres, conquistas, colonizaciones e independencias?

Esa atemporalidad, coruscante y cándida, cautiva es lo cierto, al escritor francés, quien sufre en razón del carácter automático y feral que su sociedad “desarrollada” impone con todo el ímpetu de su rutina post-industrial.

Ya en 1691, Juan Francisco de Páramo y Cepeda, funcionario de la Inquisición, redacta, en Panamá, un poema torrencial, intitulado *Las alteraciones del Darién*, de 310 páginas. Aproximadamente tres siglos más tarde, el cauteloso historiador panameño Carlos Manuel Gastcozoro descubre el texto de dicho poema épico en las anfractuosidades librescas de la Biblioteca Nacional de Madrid. A la infatigable devoción del doctor Gastcozoro debemos la publicación del argumento (en octavas reales) de cada uno de los dieciocho cantos que tan furtivo manuscrito componen. Si lec-

mos el manuscrito de las **alteraciones del Darién**, ya que su texto permanece desgraciadamente inédito, captaremos el júbilo y engolosinamiento con los cuales un ojo europeo va deteniendo una franja de nuestro ser social en el siglo XVIII. Páramo y Cepeda describe — con minuciosidad antropológica — los rasgos esenciales que caracterizan nuestras tribus darienitas. He hecho incapié en las alteraciones del Darién, dado que me parece una de las primeras manifestaciones literarias en donde lo panameño fulge como llama sobria. Pese al estilo rococó, plateresco y acongojado de Juan de Páramo y Cepeda, quien se complace en la retorsión mitologizante hasta el hastío.

Por último, estimo que el novísimo libro de Le Cézio se emparenta con las disquisiciones barrocas del canónigo curioso. He aquí dos obras primordiales sobre Panamá que, sin duda, permanecerán olvidadas por nuestro mundillo literario, cuyas preocupaciones actuales distan mucho de la autenticidad que Le Clézio percibió en la psicología del indio Embera.

Alfredo Figueroa Navarro

PINTURAS COLONIALES RELIGIOSAS DE PANAMA

Bense Max. **Estética.**

Ed. Nueva Visión. B. Aires 1969.

Garcías Isaías / **Guillermo Trujillo**

Ed. del I. Panameño de Arte.

Artes Gráficas Virgilio.

Panamá, Abril de 1964.

En uno de sus ensayos dedicados a la Historia del Arte en Panamá, Isaías García afirmaba sin vacilación alguna, que la historia de la pintura en Panamá por ser una historia breve "por no decir brevísima" y debido a sus antecedentes precarios, no ofrecía ninguna continuidad al juicio histórico. Las estancias, situación a la cual quedaría reducida la sucesión histórica de nuestro arte, estando desarticuladas entre sí, carecerían de la fuerza y la potencialidad necesarias para proveer un sentido y una significación legítimas al espíritu creador del panameño de nuestro tiempo.

"Son estancias como islas sin puentes que las unan" era la conclusión a la cual llegaba Isaías García.

Las anteriores apreciaciones evidentemente se fundan en una visión cuyo criterio generador es la historia. Pero, si escuchásemos a Max Bense, el nos dice: "el arte tiene que corresponder a las estructuras de nuestro espíritu, debe ser equivalente de nuestra conciencia", Isaías García seguiría, pues en lo justo, más aún cuando pudiéramos establecer una equivalencia entre su término "ESTANCIA" y las "ESTRUCTURAS" de las que se trata en Bense. No obstante hay alguna afirmación que aparentemente es inocente, pero que no deja de preocuparnos para los efectos de futuras indagaciones estéticas. Agregaba I. García, que "nuestro advenimiento a la vida republicana" corría paralelo con el advenimiento de la vida creadora del espíritu, como si el advenimiento del espíritu creador del panameño estuviera subordinado al proceso histórico. Como se podrá observar, las anteriores anotaciones van encaminadas hacia una filosofía del arte, o sea, hacia una explicación de la producción artística subordinada al

que hacer histórico filosófico y no, hacia la elaboración de un objeto que presupondría la misma producción artística, pero que la pondría entre paréntesis, para enfrentarse luego a un **estilo de existencia, a un juicio** o a una manera de fundar este juicio, esto es, sus apreciaciones ponían entre paréntesis precisamente el objeto estético y toda la estética "panameña" por decirlo así. Ya que la estética no puede exigir una **continuidad** al arte y menos aún una sucesión, estas categorías pueden aplicarse sólo al análisis de una producción individual y ni aún así. La investigación estética en el caso de la Historia del Arte en Panamá debe asumir esas "islas sin puentes" que son las estancias pre-hispánica, "colonial" y "moderna contemporánea", para utilizar los mismos conceptos que nos provee la historia, y proceder luego a elaborar el objeto hacia el cual convergen todas esas manifestaciones.

En una iglesia de la provincia de Panamá, específicamente la iglesia de Chepo se encuentra una pintura, bastante deteriorada, pero que a nuestro juicio, constituye una piedra importante para las futuras investigaciones estéticas sobre la pintura en Panamá.

Aparte los datos históricos o de peritaje, esa pintura está en condiciones de marcar en forma inequívoca ese "puente" cuya ausencia hacía sentir Isaías García entre lo "colonial" y lo "moderno-contemporáneo" de nuestra producción pictórica.

La composición en su estructura es todavía dieciochesca, la gran figura principal al centro, los colores utilizados para el ropaje y luego el ordenamiento de las figuras de acuerdo a su importancia. El tema también se presta para ello: son las Animas en el Purgatorio. Tanto el tema como la estructuración de la pintura podemos considerarlo "herencia colonial", sin embargo, la fuerza expresiva imprimida a cada uno de los personajes desde su situación un tanto simbólica, por demás irónica, es un elemento, entre otros, hacia el cual aún converge la pintura panameña. Miremos tan solo las figuraciones de Trujillo en su período de 1960 al 1963, de Manuel Chong Neto y de Julio A. Zachrisson.

EDILIA CAMARGO V.

jorge mario quinzio

Poemas

PALABRAS A LA AMIGA

*En el largo sendero de tu imagen
En el atormentado soñar de tus ojos
En el silencio destrozado por tu recuerdo
En el signo del ave y el brillo del alambre
En la caravana interminable de la brisa
Oh amiga la noche reposadamente se tiende
En los umbrales y postigos polvorienta de cansancio
Amiga si fueras sintiendo el dolor de lo inacabable
Las palpitaciones florecidas lentamente escuchadas
En la soledad fecunda del rumor
Ya cuando el llamado llega con sabor de espera
No respondo ni de mi propia tardanza
Acumulando todo*

*La noche aromada de durmientes trinos
Deja elevar la canción a la materia.*

EL O D I O

*Aquí están mis manos
Aquí están mis puños
Aquí golpean golpeando golpeándose
Como la furia como la tempestad
Como las iras
Como un galopar de flechas de ónix
Así me golpea el corazón
Así después de la traición el odio
Odio odiando y odiándome
Y comienzo a concebir el odio
Como se Concebió el amor primero
Todo fue al principio como la siembra
Un abrir de surcos
Un madurar de tierra.*

PENETRACION DEL RECUERDO

*Estas toda entera perfumada
Toda entera
Si me dejaras sembrar en mi silencio
Vieras cuan hermosas son las palabras que se callan
Vuélvete con tu cuerpo hacia la luna
Vuélvete
Déjame mirarte con las manos
Y cerrando los ojos adorarte
Porque antes de que cierre la ventana
Antes
Comenzará a florecer mi ilusión en tu carne.*

DESPUES DEL SILENCIO Y DEL BESO

*DESPUES del silencio y del beso,
Después de la caricia aquella,
Después de nuestra propia ternura,
Mujer, la soledad, la nada, la agonía.
Y tras un tiempo transcurrido, el recuerdo,
Un recuerdo de muerte y el olvido que no llega,
Porque una vez cobijado en el olvido, amiga,
Volverá la vida así como la primera vuelve.
Pero tus labios, tus ojos, tu voz, que me persigue,
Y toda tu presencia
Nos vuelven a juntar y proseguimos la ruta,
Pero al primer recodo encontramos los mismos obstáculos
No, amiga, no, muchas flores nacen cada día,
Auroras que florecen y crepúsculos que mueren.
Amiga, o nos encontramos en los ojos
O parecemos como la tarde.
He ahí el amor. Y si el amor es eso, como una nota
Como el aletear de un ave, como un sollozo,
Amiga, decidámonos en el próximo encuentro
Y busquemos la presencia o el olvido para siempre.*



luis manuel quezada

La Jaula

En el cintillo de metal sobre la puerta, los números se sucedían con mecánica rapidez. Una calma plástica nos envolvía resultando en un silencio higiénico y moderno, roto a veces por comedidas expresiones de cortesía hueca y automática: “Con permiso”; “Pase”; “Ud. lo tiene”; “Gracias”; “Encantado de verte”; “Por nada”; “Nos vemos”; “Igualmente”. El mismo trayecto nos unía, y todos contemplábamos el cintillo, único indicio de la realización del mismo. Ignoraba quienes eran mis compañeros. No importaba conocer a nadie; el arte de conocer y ser conocido ha cedido el paso al anonimato de la impersonalidad. La palabra ha quedado desplazada por el número, el mismo número todopoderoso que nos indicaba la dirección de nuestro recorrido. Siempre que estaba en aquel cubículo metálico y alumbrado me sucedía lo mismo, no podía apartar de mi mente los mismos pensamientos y mientras rendía tributo al culto del número en su contemplación, analizada de reojo a mis acompañantes. Trataba de digerir lo más íntimo de sus pensamientos, encudriñaba, indagaba lo que se me ocurría debía ser el resorte que los hacía funcionar. Llegaba de esta forma a mi destino, abandonando el receptáculo de mis juegos mentales.

Hoy, sin embargo, había experimentado una nueva sensación. Estaba plenamente convencido de que mis pensamientos de habían hecho sonoros, se me habían escapado, se habían vocalizado, eran “res pública”. Pude comprender el desagrado imperante durante todo el trayecto. Nadie me dijo nada ni vi el menor gesto de disgusto, pero emanaba de todos ellos. Era una emoción que quedaba cristali-

Luis Manuel Quesada, nacido en Cuba, es Rector de la Universidad del Estado de Florida, localizada en territorio panameño de la Zona del Canal.

zada en intento; frío, comedido, plástico. Quedé algo molesto por esta falta de control sobre mis fueros internos y me entregué a mis diarios quehaceres que pronto carenaron mis dudas y preocupaciones.

Al regreso hice el trayecto solo. Ocupé la esquina acostumbrada y me dediqué a la contemplación de rigor del cintillo numerado. Pude detallar mi soledad: cuatro esquinas, paredes plásticas de un blanco brillante que relucía aún más a causa de la potente iluminación. Por entre las planchas de plásticos y los rayos de luz del techo, podía columbrarse el acerado y reluciente metal de la estructura del recinto. Todo era mecánico y automático; higiénico y frío. A puertas cerradas imperaba la sensación de hermetismo, de enclaustramiento, de un misticismo esotérico moderno. Mecánicamente dirigí la mirada a lo alto, tratando afanosamente de seguir el rápido descenso de los números. Me fue imposible. Los números dejaron de sucederse. Implorante, suplicante, mi vista trataba de hacerlos reaparecer, pero fue inútil. Sentí la sensación de vacío y un martilleo uniforme que me traspasaba las sienas: imecánico-automático-moderno"; "Higiénico - metálico - plástico - alumbrado; Higiénico - metálico - plástico - alumbrado; "Plástico - alumbrado - automático"; "Plástico - automático"; "Plástico, plástico, plástico, plástico,..."

Hice un esfuerzo por controlar mis nervios y casi lo logré al poder sentir la sensación de que la jaula metálica subía. Volví a mirar el cintillo numerado; seguía sin marcar. "Estamos subiendo, no importa, todo ha pasado, está funcionando." Al instante me di cuenta de que yo deseaba descender; mi despacho se encontraba en el piso trece y tenía que bajar, no subir. Sentí entonces un cambio de dirección; "¡Al fin bajamos"! Se iluminó el cintillo y comenzaron a aparecer los omnipotentes números 15, 16, 20, 32. etc.. Subía pero yo sentía la sensación de descanso, caso vertiginoso. Presentí el momento en que el ascensor iba a desmenuzarse cual vidrio roto en el túnel vertical de su diario recorrido. Precipitadamente me lancé con manos febriles a los botones que se atiborraban ante mi vista. El de emergencia, cuyo roto rubí de sangre de toros en la plaza me instaba a oprimirlo. El ruido ensordecedor de mis campanas al vuelo atormentó mis oídos. Frenéticamente incrusté el pulgar en el botón que abría la puerta. Cesaron todos los ruidos; sólo se escuchó el silencio tibio y cálido de un atardecer de domingo.

Las puertas se abrieron con la suavidad y eficacia de costumbre. Ante mis ojos se extendía un largo pasillo con personalidad propia, flanqueado de varias puertas de diversas formas y colores; algunas recubiertas de copiosas enredaderas, otras tapizadas con pieles. Todo el lugar irradiaba una acogedora placidez. A mi derecha sentí una voz que simplemente me informó que se me esperaba desde hacía algún tiempo. Vi a mi interlocutor, y su presencia me tranquilizó. Leyen-

do mis pensamientos me pidió mil disculpas por el accidentado trayecto, y sin más me indicó que lo siguiera. Por el pasillo nos cruzamos con diversas personas, todas amables y corteses. No hablaban, pero en sus gestos, y sus miradas se percibía una quietud de espíritu que amornizaba plenamente con nuestros alrededores. No parecían tener prisa, y sin embargo, el pausado andar que llevaban reflejaba voluntad y decisión. Ninguno llevaba reloj.

Un poco más calmado comencé a reflexionar sobre el lugar. Viví en retrospectión todo lo sucedido y a decir verdad no acertaba a imaginarme donde estaba. Mi interlocutor y guía me dijo al oído frases de aliento:

-- No se preocupe, ya comprenderá.

No podía ser otro edificio de oficinas cercano al mío, ya que éste se encontraba prácticamente aislado por los modernos lotes de estacionamiento que lo rodeaban. Día a día los automóviles asediaban la construcción, y cual hormigas dentro de modernos caballos de Troya, emergían sus ocupantes para desempeñar los ritos del día. ¿Sería un sueño? Aparentando una afectada naturalidad, comencé a abrir el pequeño cortaplumas que llevaba en el bolsillo. El pellizco para despertar siempre me ha parecido de mal gusto.

-- No lo haga, no es necesario; no está soñando y simplemente nos dará a todos un espectáculo gratuito de sangre. Además ya hemos llegado.

Cierto. Nos encontrábamos ante una de las puertas del largo e interminable pasillo. Se trataba en realidad de una reja moruna, la cual franqueamos para atravesar una pequeña, pero deliciosa arcada de palmas reales. Acto seguido abrimos la gran puerta, de planchas macizas, repujada en cuero y de gruesas manijas de bronce. En el interior del recinto había algunos muebles sencillos, pero que mostraban el mayor cuidado artesanal que había culminado con los orgullosos frutos de exquisita madera con que se recreaba mi vista.

-- Esta es su habitación. Le aseguro que será de su agrado. Todo en ella es como a Ud. le gusta. Si necesita algo más, no tiene más que pedirlo.

Las palabras de aquel hombre me inundaron de placer y de alegría. Aquella era mi habitación. ¡Como no iba a gustarme! Tal y como la hubiera soñado: simple, cómoda, limpia, y fresca. El tono de sinceridad de mi interlocutor era tal, que no pude dudar ni un momento de sus palabras. Había llegado; me sentía como en "mi casa". Cuando cerró la puerta tras de sí, contemplé a mis anchas el aposento. Una claridad de sol filtrado por el verdor y fresca de una variedad de árboles emanaba de todo el lugar. Tuve deseos de saltar

de contento y gritar mi alegría. Me sentía a gusto y sin embargo no sabía donde me encontraba, ni como había llegado. Tampoco sabía como me marcharía. Deseché estos pensamientos y mecánicamente levanté el brazo izquierdo poniendo la muñeca ante mis ojos. Ya no llevaba reloj. Busqué en las paredes del recinto por costumbre oficinas; luego dirigí la mirada a las mesas de noche a cada lado de la corpulenta y acogedora cama. Nunca hubo relojes.

Me dirigí a la ventana. Cuando me disponía a correr las cortinas, escuché el sonido de la puerta que se abría, y ví entrar a otro hombre. Algo más bajo que el anterior, con un porte distinguido y finas facciones que encuadraban un par de ojos sinceros y vivaces. Su edad era imposible de diagnosticar.

-- Con permiso; ¿se puede?

-- Pase, Ud. lo tiene.

-- ¿Le gusta? Yo estoy seguro de que nada le falta; ha sido habilitada de acuerdo a todos sus gustos. No le falta lo más mínimo, incluso el baño tiene enorme revistero para que ponga Ud, sus libros.

A pesar de toda la confianza y seguridad que me inspiraba, no pude menos que sentirme un poco aturdido. Este buen señor sabía de todos mis gustos, hasta los que yo estimaba más privados. Rompí con algun esfuerzo la atmósfera de agrado que nos rodeaba e hice la pregunta vital:

-- ¿Dónde estoy?

Me miró fijamente y sus labios se entreabrieron y comenzaron a decir lo que ya yo sabía que iba a decir:

-- Estás en tu habitación.

Lo acosé a preguntas sobre mis familiares, mi trabajo, mis libros, mis estudios; él permaneció inmutable:

-- Cuando quieras saber, descorre la cortina y verás lo que te interesa. Ya comprenderás. No lo hagas ahora; necesitas reponerte y disfrutar de todo lo que te rodea. Es lo que siempre has deseado.

II

Mis manos acariciaron el timón. La tarde estaba algo fresca, y con los cristales bajos podía sentir el olor de las flores y el verdor húmedo de los árboles. Hoy trabajaba por la tarde. Tenía que apresurarme, ya que de otro modo llegaría tarde. Siempre me ha gustado llegar tarde; salgo con el tiempo justo para llegar en puntos o algunos minutos tarde. No me gusta apresurarme; este mundo moderno es un

caos con sus apuros. Somos esclavos de los números. Creemos que los utilizamos, pero en realidad ellos nos gobiernan, rigen todas nuestras actividades. El sonido del claxón me sacó de mis reflexiones; la luz estaba verde y debía de seguir. Así lo hice, y al rato pude divisar la estructura archi-moderna y funcional del edificio donde se encontraba mi despacho. Había pasado una mañana deliciosa en la playa. Los niños se habían divertido correteando por la arena y finalmente revolcándose en la orilla para meterse en el agua. Yo tome a cada uno en un brazo y fuimos hacia lo hondo en medio de sus gritos, límites entre el miedo y la alegría. De regreso me tendí al sol, ella estaba a mi lado y veíamos orgullosamente a los dos "hombrecitos" corretear y jugar en la orilla. Los rayos solares al penetrar en el cuerpo producen un suave letargo donde llegan a mezclarse el dolor y el placer. Llegué al estacionamiento y dejé el automóvil en el espacio indicado. Tuvimos que irnos de la playa con cierta precipitación; se hacía tarde, ya pasaban de la una y yo tenía que trabajar a las tres. A pesar de la prisa pudimos disfrutar de un almuerzo ligero en la intimidad del hogar, en medio del bullicio y la algarabía de los niños, y bajo la vigilancia de las manecillas de la esfera. Me dirigí al edificio y después de saludar a algunos conocidos, oprimí el botón y esperé el ascensor. Subí acompañado de un par de personas. O, ¿tal vez fue una que ocupaba el espacio de dos, o de tres? En realidad no importa. Una, tres, o diez, todos lucían iguales. Llevaban en la cara la marca de su igualdad y en la muñeca un gran reloj. Las caras no tenían gran diferencia; algunas tenían bigote, otras los labios pintados. Unos cuerpos llevaban corbata, otros la blanquicie de los senos rodeada de artificios y telas de varios colores. Todos hablaban igual. Aunque viajaba con ellos no me sentía parte de aquella super estructura de números pedestres de infructuosos intentos de humanidad.

El recorrido fue como de costumbre: nos detuvimos varias veces, algunos de mis acompañantes salieron, un par de saludos y despedidas de cortesía y finalmente llegué al piso trece donde se encontraba mi despacho. A mi llegada, lo de siempre, problemas que resolver, entrevistas, conversaciones de rigor, el almuerzo impuesto con el Jefe y el retorno a la misma tarea. No era la primera vez que me molestaba todo aquel conjunto inarmónico y falso, pero sí era la primera vez que sentía un indomable deseo de acabar con todo. Sentía una fuerza vital en mi interior que me impulsaba a desear vehementemente el desmoronamiento total de la estructura imperante. La palabra cantidad había reemplazado a la obsoleta noción de calidad. Todo quedaba encuadrado bajo patrones numéricos: ¿cuántos autos?, ¿cuánto cuesta?, ¿cuántas acciones se han vendido?, ¿cuántos viajes?, hasta incluso la profesión de la enseñanza se autovaloraba mediante normas de cantidad: ¿cuántos libros o monografías? Miré el reloj; eran las

cuatro, debía marcharme a recoger a uno de mis dos hijos en uno de mis dos autos para llevarlo por tercera vez a uno de los cuatro médicos que lo atendían para que éste le recetara de nuevo una medicina que de seguro no aceleraba el restablecimiento total de un simple resfriado.

III

Dormitaba, sentía la misma sensación agradable y placentera que sintiera en la playa. Incorporé la cabeza y vi de nuevo a mi segundo interlocutor. No me había despertado, pero mentalmente percibí que estaba presente y por eso levante la mirada para encontrarlo ante mí. Fuimos hacia dos cómodas mecedoras de mimbre que se encontraban frente a la gran cortina que de seguro cubría el amplio ventanal. Después de permanecer un rato en silencio me decidí a volver a interrogarlo cuando con un simple ademán me indicó silencio y señaló hacia el interior de la habitación. Mis ojos no me engañaban: todos mis libros y papeles se encontraban allí, dispuestos ordenadamente en las hemosas librerías empotradas en la pared; frente a éstas se desplazaba un recio escritorio de madera trabajada y pulida en forma de arco. Todo estaba allí, las mismas librerías que en más de una ocasión había soñado, el escritorio, tal y como lo diseñara mentalmente, todo reproducido fielmente hasta el último detalle. Iba a estallar en palabras de agradecimiento cuando mi interlocutor me dijo en voz suave y pausada:

No te molestes, comprendo perfectamente como te sientes; todo está a tu disposición. Creo que esto es lo que deseabas desde hace mucho tiempo. Aquí podrás trabajar y no tengas apuro, tómate tu tiempo, ya que esto es lo que sobra aquí.

Se deslizó de la mecedora, y se dirigió hacia la puerta con aquel andar felino y seguro que caracterizaba a todos los que había visto desde mi llegada. Ya en la puerta se despidió con una sonrisa franca y acogedora. Al punto de irse, señaló a la tupida cortina que de seguro cubría el amplio ventanal:

Cuando quieras.

Quedé pensativo. Mi primer impulso fue el de precipitarme a la cortina y abrirla. Tenía la certeza de que al abrirla quedaría inundado de luz, todo se aclararía, el misterio desaparecería como desaparecen esos fantasmas de la oscuridad a medida que crecemos. Sin embargo no pude, sus últimas palabras repercutían en mis oídos con intensidad creciente y ensordecedora: “tomate tu tiempo ya que esto es lo que sobra aquí”, “tiempo... es lo que sobra aquí”, “tiempo...sobra aquí”, “tiempo”, “sobra”, “aquí”, “aquí”! ¿Dónde?, ¿Dónde?, ¿Dónde?, ¿Dónde?

IV

El almuerzo de los martes con el jefe se había convertido en una odiosa rutina. Escuchaba sus jerárquicas palabras de orientación. Recordaba aquellos sermones que desde el púlpito emitía el cura de turno: formulismo dogmático e ilógico: hagan lo que digo, pero no lo que hago. El Jefe proseguía con sus interminables palabras, nos daba consejos de como llegar a los altos puestos que todos deseabamos, consejos plenamente opuestos a las acciones que lo habían hecho Jefe. Dos de los aduladores de costumbre reafirmaban sus palabras de aire, inermes en su vacuidad, con sonoras parrafadas de autoelogio. Yo los miraba, estudiando cada pose ensayada, criticando mentalmente lo que sucedía ante mí. Era espectador, no formaba parte del espectáculo, me repería esto una y otra vez, pero siempre tenía que subir a las tablas y representar la pieza del día cuando el Jefe se dirigía a mí personalmente. Aquel martes, aniversario de la fecha de mi nacimiento, me sentí incómodo durante el almuerzo. Todos trataron de halagarme; incluso uno de los aduladores del jefe enfiló sus cañones hacia mí al dedicar el almuerzo que todos me daban. El jefe, preparado e instado a decir unas breves palabras, hizo alarde de su verbosidad característica para aburrir a la docena de subalternos que allí estábamos. El tema era el mismo de siempre: confianza en la juventud ordenada, incentivo a sus energías y más consejos de como desplazarse hacia arriba por los peldaños de la compleja maquinaria que integrábamos y que nos integraba. Mentalmente seguía mi análisis de los presentes; cada uno tenía sus faltas y sus virtudes, eran seres humanos. Hasta el Jefe tenía sus problemas y sus contratiempos. Llegué a sentirme identificado con ellos por unos instantes. Eran humanos, con problemas humanos, con fallas humanas y con soluciones humanas. Fue el propio Jefe el que se encargó de sacarme de esta línea argumental:

Bueno compañeros, y para finalizar, ya que veo que se nos está haciendo tarde, solo me resta anunciar el ascenso del homenajeador. A partir de la semana entrante...

Sus palabras se perdieron en la nada que los rodeaba. Había obtenido la promoción que tanto esperaba, los más cercanos me felicitaban verbalmente, los demás me hacían gestos congratulatorios. Respondí a todo mecánicamente, pronuncié unas palabras de agradecimiento y volví a sentarme. Desde el momento en que con gesto acostumbrado el Jefe me sacó su gran reloj de bolsillo, todos volvieron a recuperar su aspecto numerado. Cada uno miró su reloj pulsera con actitud previamente estudiada. Desde la mañana yo no llevaba reloj. La interrelación existente hasta hace unos instantes había desaparecido; no me sentía parte del todo numerado, aunque quisiera ya

no podría ser como ellos. Lo peor de la situación es que tenía la sensación de que escuchaban mis razonamientos mentales. Hoy me había levantado con esa rara sensación; había percibido que todos oían mis pensamientos más íntimos. Mi esposa en la mañana me había escuchado, en el ascensor todos se habían dado cuenta de mis juegos mentales, y ahora el Jefe y los demás compañeros.

El almuerzo siguió sin mayores contratiempos, y después de mirar los relojes por quinta o sexta vez, hubo un tácito acuerdo de conjunto: regresamos a nuestros cubículos numerados para continuar nuestras diarias labores. Cada uno a lo suyo y cada uno contra su prójimo. Eramos miembros de una sociedad moderna y desarrollada.

V

Al despertarme ya había tomado una decisión. Trataría de poner en práctica lo que me había cansado siempre de repetir: lo bueno hay que disfrutarlo en el momento, mientras menos se piense en ello, mejor será. Recuerdo que fue uno de los despertares más agradables que he experimentado. No me sentía cansado, ni tampoco con esa pereza de aquel que se levanta sin deseos de hacerlo. Estaba lleno de vigor, y sentía una vivacidad interna que me impulsaba a sentarme tras aquel fino escritorio, y plasmar en realidad todo lo que desde hacía manojos de años quería decir. Al dirigirme al escritorio, tuve por necesidad que pasar cerca de las grandes cortinas que aun permanecían en su posición original. Es más tuve que rozar con mis manos el grueso y sedoso cordón terminado en suaves borlas; un solo movimiento y las cortinas quedarían descorridas, perderían su virginidad y su inocencia, me revelarían la incógnita, me plantearían el problema. El pánico de mis manos crispadas, traicionaba la idea generosa de que aun no estaba listo para comprender aquella situación. Después de un segundo de duda infinita, me senté y trabajé tal y como lo había deseado desde mis momentos más íntimos.

VI

La noticia del ascenso había causado el efecto esperado y programado; éste se traslucía a través del auricular. Yo me sentía contento pero a la vez hueco, vacío, con el indudable resquemor que aquello me producía. Ahora estaba más atado, más ligado a la empresa, sabían adueñarse del hombre, haciéndolo depender de la firma, aferrándose a él en un coito perfecto para suplir y llenar necesidades respectivas. Ella ya había dejado de ser la que fue y no volvió a ser. Se había numerizado. Hubo en el tiempo un momento en que pensábamos igual, en que sentíamos el mismo miedo y disgusto ante la gran-

diosidad mediocre de la empresa. Pero ella poco a poco, fue dejándose, cediendo, oponiendo menos resistencia hasta que un día dejó de ser lo que era y se convirtió en otra. Pavimentó el hogar con relojes de diferentes tamaños, y hasta se acostumbró a dormir con el suyo de pulsera, que yo ingenuamente le había regalado. Su voz en esos instantes, reflejaba toda una norma que se había ya trazado de antemano y repetido en multitud de ocasiones. Indudablemente la noticia le había agradado, pero no en el sentido que yo hubiera deseado. Su voz había tomado un nuevo matiz, e imprimía una nueva modulación y hasta velocidad que se hacían patentes por el hilo telefónico. Mediante una avalancha de imágenes atiborradas de envidia y mal gusto que comenzaban en su apartado y llegaban hasta el mío, había conseguido describirme un aborrecible y detestable cuadro de una gran cena que tendríamos que dar para celebrar el acontecimiento: seríamos la envidia de los otros que hasta hoy se encontraban a mi lado en el mismo grupo de "futuros ejecutivos de la empresa". Por supuesto, ahora tendríamos que medir y escoger nuestras amistades, lugares de recreo, colegios de los pequeños, y hasta cierta insinuación sobre un cambio de religión, ya que todos los "altos ejecutivos de la empresa" pertenecían a una denominación específica.

Al depositar el auricular sobre el aparato, lo hice suavemente y de forma que ni se diera cuenta. No quería ofenderla y mi ánimo no se encontraba para discusiones de la índole que se suscitaría. No pude menos que esbozar un gesto que debió de ser algo cercano a una leve sonrisa; posiblemente se quedaría hablando un rato más sin darse cuenta de su monólogo. ¿Cuánto más?

Al oprimir el botón del intercomunicador, sentí una alegría interna al igual que el fluir de un riachuelo de agua clara despeñándose desde lo alto de una sierra. Quedaría aislado, no sería interrumpido; no tendría que dar explicaciones.

VII

Sentía hambre, por tanto ya debía ser el momento del día destinado para comer. Desde el primer día de mi estancia aquí, había perdido la costumbre de mirar el reloj; es más, había perdido la costumbre de buscar relojes. Cuando me disponía a salir para buscar alimentos, la puerta se abrió y aquel hombre generoso y bueno, con quien había ya hablado a menudo, traspuso el umbral. Levaba en sus manos una amplia bandeja que depositó en una mesa auxiliar; alguien nos trajo vino, cubiertos y demás útiles, y nos sentamos ambos a comer.

- Sabes, por un momento tuvimos nuestras dudas, pensamos que no lo ibas a desear lo suficiente, que nos ibas a abandonar.

Para serle franco, tuve un gran momento de curiosidad, de incertidumbre que casi me llevó a un espectáculo algo histérico. Pero, a decir verdad, después de esa reacción primera, ya no me he preocupado más.

Bien, entonces contéplate.

La gran pantalla se descorrió. NO había árboles, ni sol, ni nada, solamente una gran pantalla que se iba llenando de imágenes, poblado de seres mecánicos que se desplazaban computerizados de un lado a otro. Allí estaba yo sentado, almorzando, ahora como todos los miércoles con el Jefe, y dos individuos más que recién habían sido ascendidos en la compañía. Charlabamos amistosamente, recordabamos el incidente del ascensor; todos pensaban que había caído pero en realidad había quedado inmóvil más allá del último piso en un juego eléctrico inexplicable que duró varias horas. Yo fingia una tranquilidad que había estado muy lejos de sentir. Al levantarnos me quedé atrás distraídamente y me miré a los ojos a través de la pantalla diciendome:

Buena suerte y a trabajar, no te preocupes. Mi imagen perdió su forma y las cortinas volvieron a cerrarse; lo último que pude percibir era que ya yo no llevaba reloj.

**LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS – DOMINICALES**

**EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 120 FRACCIONES DIVIDIDOS
EN CUATRO SERIES c/u. CADA UNA DE 30 FRACCIONES
DENOMINADAS A. B. C. Y D.**

PREMIOS MAYORES

1 Premio Mayor, series A. B. C. y D	B/ 30,000.00	c/s.	B/ 120,000.00
1 Segundo Premio, series A. B. C. y D	9,000.00	c/s.	36,000.00
1 Tercer Premio, series A. B. C. y D	4,500.00	c/s.	18,000.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, series A. B. C. y D	300.00	c/s.	21,600.00
9 Premios, series A. B. C. y D.	1,500.00	c/s.	54,000.00
90 Premios, series A. B. C. y D.	90.00	c/s.	32,400.00
900 Premios, series A. B. C. y D.	30.00	c/s.	108,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, series A. B. C. y D.	75.00	c/s.	5,400.00
9 Premios, series A. B. C. y D.	150.00	c/s.	5,400.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, series A. B. C. y D	60.00	c/s.	4,320.00
9 Premios, series A. B. C. y D	90.00	c/s.	3,240.00

1,074 **TOTAL DE PREMIOS: B/408,360.00**

**PRECIO DE UN BILLETE ENTERO B/ 66.00
PRECIO DE UNA FRACCION 0.55**

**NUMEROS FAVORECIDOS EN LOS SORTEOS VERIFICADOS
POR LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS DOMINGOS DE MARZO DE 1972**

	SORTEOS No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Marzo 5	2767	1332	9427	9280
Marzo 12	2768	3112	7830	4458
Marzo 19	2769	6953	8310	0986
Marzo 26	2770	5580	3334	6621

**NUMEROS FAVORECIDOS EN LOS SORTEOS VERIFICADOS
POR LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS DOMINGOS DE ABRIL DE 1972**

	SORTEOS N o.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Abril 3	2771	0652	6911	1723
Abril 9	2772	2335	5010	4108
Abril 16	2773	40617	58	17
Abril 23	2774	3724	7393	0903
Abril 30	2775	0784	6069	2375

**LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS – MIERCOLES**

**EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 75 FRACCIONES DIVIDIDOS
EN TRES SERIES, CADA UNA DE 25 FRACCIONES DENOMINADAS
A. B. Y C.**

PRIMER PREMIO

1 Premio Mayor, Series A. B. y C.	B/ 25,000.00	c/s.	B/ 75,000.00
1 Segundo Premio, Series A. B. y C.	7,500.00	c/s.	22,500.00
1 Tercer Premio, Series A. B. y C.	3,750.00	c/s.	11,250.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A. B. y C.	250.00	c/s.	13,500.00
9 Premios, Series A. B. y C.	1,250.00	c/s.	33,750.00
90 Premios, Series A. B. y C.	75.00	c/s.	20,250.00
900 Premios, Series A. B. y C.	25.00	c/s.	67,500.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A. B. y C.	62.50	c/s.	3,375.00
9 Premios, Series A. B. y C.	125.00	c/s.	3,375.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A. B. C.	50.00	c/s.	2,700.00
9 Premios, Series A. B. C.	75.00	c/s.	2,025.00

1,074

TOTAL DE PREMIOS B/. 255,225.00

PRECIO DE UN BILLETE ENTERO	B/ 41.25
PRECIO DE UNA FRACCION	0.55

**NUMEROS FAVORECIDOS EN LOS SORTEOS VERIFICADOS
POR LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE MARZO DE 1972**

	SORTEOS No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Marzo 2	278	6393	9591	2481
Marzo 8	279	2820	6549	8026
Marzo 15	280	1628	2568	9920
Marzo 22	281	0445	6669	3825
Marzo 29	282	0806	2190	4395

**NUMEROS FAVORECIDOS EN LOS SORTEOS VERIFICADOS
POR LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE ABRIL DE 1972**

	SORTEOS No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Abril 5	283	3390	2465	4222
Abril 12	284	8721	1633	1166
Abril 19	285	5047	6942	5811
Abril 26	286	3609	9654	6821